

HÉCTOR C. IZAGUIRRE

Pliegos del Altillo
2018

VIDROGRÁFICO DE ENTRE RIOS

Persistencias temáticas en la literatura entrerriana

Héctor César Izaguirre



Artículos publicado por Héctor César Izaguirre en SER, Revista de los cursos del Profesorado de la Escuela Normal "Mariano Moreno" de Concepción del Uruguay. Año X, 1971. Números 11-12 y Año XII, Número 15, 1973.

Ilustración de fondo en tapa: Antiguo mapa hidrográfico de Entre Ríos. (Instituto Geográfico Militar de la Nación).

En la composición de esta obra se usó tipografía libre Ibarra Real (de 1770) y se usó Libre Office, Gimp y Scribus bajo Ubuntu 18.04.

Compilado, digitalizado y maquetado por juaneme en el Día Juliano 2458394,407696

bajo el principio de Copyleft, la Lluvia de Oriónidas, y el exagrama Shang (La ascención)



Pliegos del Altillo 31° 27" S - 58° 01" O



PRIMERA PARTE

por HÉCTOR CÉSAR IZAGUIRRE

Olegario Victor Andrade, el poeta profético y grandilocuente que cantara el himno heroico a la grandeza sanmartiniana, reavivara en sus versos el mito prometeico y exaltara el porvenir de la raza latina, regresa un día al rincón donde transcurriera su infancia. Y al reencontrarse con todo aquello que consideraba perdido, deja a un lado su lira estridente para permitir que los recuerdos se deslicen serenos, como esa brisa o esos murmullos tenues que acompañaran su niñez provinciana:

Todo está como era entonces: la casa, la calle, el río, los árboles con sus hojas y las ramas con sus nidos. Todo está, nada ha cambiado. El horizonte es el mismo; lo que dicen estas brisas ya otras veces me lo han dicho!

Andrade no podía imaginar —al expresar poéticamente ese reencuentro con su tierra—, que abriría para la literatura provinciana una serie de sendas, ricamente transitadas por las posteriores generaciones.

Persistencias de temas —aclaramos— que no han ahogado la personal cosmovisión de sus escritores, concretada a través de una riqueza de matices que escaparán a la índole de este trabajo, que intentará, por el contrario, indagar hasta qué punto Entre Ríos, con su particular geografía, su prolongada gesta heroica, su estructura socio-económica y la idiosincrasia de sus habitantes, ha gravitado en la obra de sus escritores.

Y al comenzar esta búsqueda deberemos recordar que toda selección implica una dolorosa mutilación, de la que sin embargo no podemos escapar.

El paisaje en la literatura provinciana.

"La Vuelta al Hogar" de Andrade se inicia con una enumeración que menciona a la casa y a la calle pueblerinas, pero de inmediato surge la presencia del río, "de los árboles con sus hojas y las ramas con sus nidos"...

Y la poesía se puebla entonces de sauces nostálgicos, de seibos que lucen sus collares de topacio, de piadosas enredaderas y toscas achiras.

Es que Entre Ríos es paisaje ceñido por cordones fluviales que la enlazan y aíslan, paisaje sereno y policromo que asciende por la suavidad de las lomadas, se desliza espejeante en sus riachos, y se detiene parcialmente en el suburbio al que llega sin embargo a través de cercos, plazas y baldíos. "Las casuchas se aburren de mirar el paisaje" dice Mastronardi en una de sus poesías. Y la situación llega hasta nuestros días: "Recuerdos de Paraná" de Sadí Grosso nos habla de esa continuidad del campo en la ciudad, que a pesar de su progreso aún permite vislumbrar praderas desde el centro:

Mi ciudad tiene colinas; vienen del campo a ondular; en vez de trigo son calles, y esas calles son mi hogar.

Martínez Segovia — "Pregón y Canto" para su tierra— ya pudo, sin embargo, observar ese largo distenderse de la ciudad que agobia al viejo "Boulevard Alsina" con sus barrios extendidos que no han respetado el freno artificial de su cemento:

Boulevard Alsina, límite de pueblo por donde, asombrada, sale la ciudad. Boulevard Alsina por donde entra el campo; con su simple y noble candidez rural. Derramando barrios, chorreando el asfalto, lenta... lentamente vas quedando atrás. Tú que eras cintura, límite de pueblo vas siendo adornado para ser collar.

Y cuando la ciudad pareciera agobiar con la rigidez estática de sus casas alineadas, surge el sueño lila del jacarandá para alegrarla. Así lo siente Carlos Alberto Alvarez:

De flor lila se ha vestido

la gracia de Paraná, y una muchacha acostada se me antoja la ciudad,

una muchacha dormida
—lila en la flor de la edad—
toda graciosa y curvada,
durmiendo a todo soñar.

En feliz coincidencia Poldy de Byrd asocia su infancia en Paraná con el mismo lila, que tornaráse azul para María Ruth Fischer; azul como ese aire que también se cree jacarandá...

Y en ese despertar feliz de naturaleza que invade la ciudad, sufre Ana Teresa Fabani su soledad que la impulsa a aprisionar en su seno a la noche confidente:

Por toda la ciudad se dice el alba y en todas las colinas se despierta. Sólo en mi corazón nadie la salva de ser pálida luna descubierta. Por toda la extensión se anuncia el día y en todos los caminos se agiganta. Sólo en mi corazón que nadie guía crece la soledad como una planta.

Desde esa angustia vegetal de la poetisa uruguayense podríamos trasladarnos en tiempo y distancia, a la naturaleza agreste que fuera compañera de la infancia de Martiniano Leguizamón.

Allí encontraríamos los juegos de luces y contrastes de colores que matizan sus relatos de "Recuerdos de la Tierra" y las principales situaciones de "Montaraz".

Una oscuridad lentamente vencida por efluvios luminosos que chisporrotean, se complementa con la exaltación del sol llameante de Diciembre, que se refleja en pastos que semejan lentejuelas. Otras veces, la masa plomiza de la creciente cubre de un vaho misterioso a esa naturaleza sorprendida, que ve cubierta de plata oscura sus bajíos...

En esos momentos, las lomadas acallan sus rumores: algún aleteo desesperado cobra tono dramático en el sosiego de la noche circunstancialmente alterada por chirridos metálicos de insectos.

Allá en la lejanía, mientras tanto, la luz pareciera dormirse en la grandiosidad sombría de Montiel, cubierta de ramajes y mallas de enredaderas.

Esa Selva de leyenda es, en nuestros días, gótico latido vegetal para Luis

Gonzaga Cerrudo, que así la viera:

En la voz primitiva de los montes hay un verde sonido de campana, catedrales de fronda provinciana en un sueño de agujas y horizontes sobre la ronda azul de la mañana. Latido vegetal y sin distancia donde el claro cuadrante de la infancia, midiendo la estatura de otro tiempo, hizo imágenes puras, conmovidas, del éxtasis eterno de sus vidas que son como de santos en un templo.

Sin embargo, ese Montiel, que un día viera transitar las huestes de los caudillos provincianos, será para Delio Panizza símbolo señero de una Entre Ríos heroica. Coincide Guillermo Saraví, en su poema "El Supremo Entrerriano", con esa visión de la Selva que aún sueña destinos de gloria y escucha bramar en su interior a los manes de la tribu vencida...

Duerme Montiel su sueño milenario. Los Ríos con sus hálitos más frescos, halagan al Cacique solitario como dos abanicos gigantescos que fueran dos barreras naturales de la heredad, y a ras de cuyas olas los discos de las lunas estivales brotan como tremendas amapolas.

En esa espesa ramazón por donde circulan oscurecidos arroyos, han encontrado refugio los matreros que ya "Montaraz" consigna. Junto a perros cimarrones, las lianas y enredaderas enlazan los árboles a su destino salvaje: allí encontrará asilo el legendario "Calandria" que llevara a la escena, a través de Martiniano Leguizamón, toda la astucia y habilidad aprendida en ese medio agreste que, años más tarde, recibiría con la misma hospitalidad a los errantes fugitivos que deambulan perseguidos por la justicia, en las páginas de "Montielero", la novela de Manrique Balboa.

Precisamente en esa obra, pacíficos troperos se entrecruzarán con matreros y policías bravos, de un tiempo heroico en que la historia podía escribirse en el lomo arisco de un caballo... Sin embargo, los capítulos finales de "Montielero" ya registran el lento avance de la agricultura que alambra campos, o desmonta y

ara a esa tierra virgen.

Desde ese mítico Montiel nuestra visión se dirigirá a los bajos y pajonales que la sagacidad de Fray Mocho llevara a la literatura a través de "Tierra de Matreros", submundo entrerriano en donde la civilización se ha detenido ante esas formas primitivas de vida, surgidas entre bañados y montes, que parecieran anticiparse, a través de esos desterrados, a los relatos misioneros de Horacio Quiroga:

"Si no fueran los hombres de temple que son, no podrían soportar esta vida llena de privaciones y miserias, luchando con la muerte, momento a momento: son libres pero no pueden salir de esta cárcel de paja y agua que han elegido voluntariamente. ¡Qué fisonomías las que se encuentran, qué caras lombrosianas, qué miradas torvas, qué cabezas deformes!".

Allí vive Aguará, que matiza bañados con esporádicos viajes a Buenos Aires; primitivismo con lecturas de Pierre Loti...

No muy lejos de esos bajos que describiera Fray Mocho, en el centro de la isla del Pillo, "en la margen derecha del arroyo de la Camiseta, se levanta la pulpería del vasco Zubizarreta", centro obligado de reunión de los personajes de "El país de los chajás", del padre Spiazzi —"Martín del Pospós" para el mundo de las letras—, que reitera en nuestro siglo aquellos temas que el colorido descriptivo del uruguayo Marcos Sastre popularizara en el Tempe Argentino, y Fray Mocho continuara con las tonalidades realistas ya comentadas.

En ese mundo, el tiempo tiene una dimensión distinta: es que el pajonal, el barro costero y las aguas turbias no tienen la urgencia urbana. Todos parecieran obrar como esa singular Doña Cruza que demora durante toda una mañana al forastero con esta tranquilizadora frase: "enseguidita nomás va a cáir don Clemente", sin observar que las horas van dilatando una espera que culmina cuando la paciencia ya no tiene argumentos para soportarla.

Desde esa pulpería, podríamos llegar a las islas que frente al Paraná constituyeran el mundo poético de Reynaldo Ross, a quien así evocara Alfonso Sola González:

Detrás de la isla Puente tus manos prodigiosas no enseñarán ya nunca el esperado paso azul del camalote, y la vieja madera de un bote andará sola sobre el agua de siempre, entre las voces de los que te quisimos, Reynaldo, y te llamamos cuando la muerte cruza las pacíficas islas. Es que Ross compartió distancias con los pájaros y con ellos pudo observar cómo el horizonte se fundía en el río, cual prolongado azul navío. Y en ese mundo de calladas voces, que también recordara Mastronardi, encontraríamos a José María Díaz, maestro de escuela flotante que un día se deslizara hasta Paraná, sin poder olvidar ese ritmo azul de las tierras puras:

En el celeste río está mi vida, mi corazón en remos ya reposa.

Y esa persistencia de los temas fluviales en nuestra literatura, cuya explicación resulta innecesaria, no se detiene en las islas del Paraná, que según Carlos Alberto Alvarez viven sueños de barcos, en su quietud, sino que se prolonga fraternalmente hacia la franja oriental del territorio, en ese Uruguay que dormita junto al rumor de islas que irrumpe en los sueños de Jorge Enrique Martí para transportarlo al mundo de su infancia.

Con ese mismo Uruguay monologa Emma de Cartossio que espera reencontrar allí el ceño adusto de su abuelo...

Don César Blas Pérez Colman en su ya clásica Historia de Entre Ríos, señala que tres elementos esenciales y dos secundarios priman en la conformación del territorio provincial. Ellos son los grandes ríos circundantes, las cadenas de colinas y la enorme red fluvial interior. Los secundarios, por su parte: la gran selva de Montiel y el delta del Paraná.

Una simple confrontación de esa geográfica enumeración con los temas hasta ahora considerados nos muestran, no sólo la esperada coincidencia sino también la gravitación esencial que el paisaje ha tenido en el hombre entrerriano que la ha reflejado en su expresión creadora.

Elio Leyes ha sintetizado perfectamente esa relación estrecha del provinciano con su tierra: "Aquí, en esta provincia, el terrón del erial fue mudado bien pronto en sementera; como el potro cimarrón luego de ser vehículo de montoneras, tiró el carro y el arado. Ese terrón había servido para revestir antes el rancho. El rancho de terrones se hizo aula, en la urgencia de los hombres de gobierno por dar techos para la alfabetización. Queremos decir que la faena agraria devino aquí tempranamente escuela y no hay que extrañarse de que los entrerrianos junto con las primeras cosechas de granos, obtuvieran el agraz del silabario y la base de la suma, la resta y la multiplicación. En el corazón de Montiel, cuando aún dialogaban el ululato de los montoneros y el bramido del puma, ya podía oírse alternando al menos la lección de geografía, la explicación de los fenómenos celestes y un cómputo de los tiempos, con sus hechos más salientes". (1)

La gesta del arado.

Desde ese reencuentro del hombre con el paisaje que, como afirmara Mastronardi, se caracteriza en nuestra literatura "por la concisión de sus trazos y la sobriedad de su colorido", (2) podríamos acercarnos al drama humano de las "Tierras Blancas" de Juan José Manauta que suponen un paréntesis trágico al esplendor vegetal de Entre Ríos. Allí encontraremos suelos erosionados, yermos, resecos. Tierras sin brillo, gomosas, que pueden incitar al artista pero que desvelan al hombre.

"No el apetito, sino el hambre; el hambre de los árboles que arrigan en la tierra y la de los peces que los lleva a remontar el río.

El Hambre de Odiseo, el hambre de la luna que gira y la de las escarchas del invierno.

El hambre de los picaflores y la de los granos aventados por el labriego.

El hambre de los corderos de setiembre y la de los recién nacidos.

El hambre de los seres oscuros de la tierra.

El hambre de los ríos que desembocan en el mar y la de los vientos de marzo que traen la lluvia para el trigo.

El hambre muerta de las tierras blancas y la de las cosechadoras pagadas y enmohecidas.

El hambre de las cosas viajeras: golondrinas que vuelven y camalotes con collares de luz.

El hambre, el hambre de la tierra vieja y maternal, asesina, jugosa y obediente".

Esas "Tierras Malditas", vanamente aradas, que parecieran petrificar las semillas, aparecen también en la obra poética de Benavento y de Juan L. Ortiz. Y la poesía se nutre entonces de sutil tema social que recuerda, en la voz de Ortiz, a los pobres desplazados que vegetan en los altos barrancos, donde una piadosa naturaleza cubre sus indigencias:

Ellos están allí entre las altas barrancas
En lo hondo. Ellos viven allí. Con el sueño amenazado
y un posible abrir de ojos aún más trágico que el de las albas habituales
sorprendido en su inocencia por un castigo todavía más incomprensible.
Ellos están allí porque solamente allí pueden estar
Porque solamente allí pueden plantar sus latas y sus lonas.
Olvidados como los otros, desconocidos como los otros,
los del horror lento o rápido o brutal de aquí o de allá...

Y el tema se renueva en "Adiós a las ciudades y otros poemas" de Gloria Montoya de Daneri:

El rancherío suspira un eterno amanecer que no amanece con la paja ardida de ilusiones que mueren con cada luna y renacen con todos los soles que vienen de siempre y desde siempre mueren calman las costas sus gargantas resecas con un sorbo de río amodorrado retornan los deshilachados con su pesca y su red a su eterna cena de pescados.

Otras veces, esa naturaleza normalmente amiga se desata en temporales, y entonces el tranquilo arroyo obliga al hombre a demostrar su baquía, ya para salvar sus animales, ya para contemplar resignado —como en el relato La Creciente de Gudiño Kramer— el impulso vital de las fuerzas desatadas. Otras veces, la contingencia descubre, tal como sucede en el cuento "Apenas vivir" de Arnaldo Cruz, la sorpresiva hospitalidad de seres solitarios que hasta ese momento sólo despertaran temores y fantasías.

Pero frente a ese desamparo, surge el contraste feliz de las tierras altas que muestran la esencial estructura agrícola-ganadera de la provincia. El sol es la esencia vital de ese mundo que se abre con la generosidad del surco y pareciera gritar a los cuatro vientos la gracia sensual de un mundo pródigo:

Pardea el surco eclógico en el llano apto para el bautismo de la siembra, y se entrega la tierra como una hembra: a la solicitud del hortelano.

De generoso sol todo se inunda como si el sol descendiese en ríos de lumbre; y en los grises sembradíos hincha la gleba su matriz fecunda.

Esta exaltada y modernista visión de la vida campesina que Daniel Elías nos trasmite, se desata sensual de los verdes ramajes lujuriantes o del sueño febril de la glicina que trasmite su fervor y a la luz dominical; se detiene en el blanco delantal de la criolla, en el brillo esmaltado de algún jarro o en el simple y fugaz círculo que dibuja el balde del aljibe.

Para Amaro Villanueva, ese sol renovador tiene sangre de toro y estira el campo garra a garra, "con el cuero estaqueado de un relincho".

Pero esta exaltación campesina encuentra su expresión más lograda en "Luz de Provincia", a través de cuyos versos Entre Ríos abre sus brazos de agua para reflejar esa gracia ordenada de sus riachos y lomadas; el arrullo cansado de su fronda o el deleite colorista de esos ocasos perdidos entre trigales que traen ecos de luces lejanas, que acercan rostros, fechas y patios profundos. "Desde la perífrasis inicial, que es todo un hallazgo —ha dicho Roberto Parodi— (3) y como un anticipo del éxito del poema, a la que se suma la suave aliteración de la vocal a, para ampliar más la sugerencia de la vasta sugestión acuática, la obra que se abre con una visión unánime de la provincia: un panorama dilatado que la abarca en un espacioso territorio surcado de verdes lomas y ríos generosos".

Un fresco abrazo de agua la nombra para siempre; sus costas están solas y engendran el verano. Quien mira es influido por un destino suave, | cuando el aire anda en flores y el cielo es delicado.

La conozco agraciada, tendida en sueño lúcido. Da gusto ir contemplando sus abiertas distancias, sus ofrecidas lomas que alegran este verso, su ocaso, imperio triste; sus remolonas aguas.

Mastronardi selecciona su paisaje. Cada estrofa pareciera transportarnos a un mundo distinto pero sutilmente relacionado con el anterior. "Para imprimir unidad al poema —dícele Mastronardi a Luis Alberto Ruíz— (4) se deslizan veladamente algunas líneas "preparatorias", las que hacen las veces de puentes a la vez que suavizan o resuelven las transiciones bruscas. Con ello se quiso evitar que se mezclaran y confundieran los diversos "ambientes" que viven en el poema".

Esta estructura nos permite pasar rápidamente de los ocios del domingo a los sonoros maizales de las quintas, y desde allí perdernos nostálgicos en los atardecidos arroyos, a los que lacios juncales vigilan.

En sus versos, la tragedia de las tierras blancas se torna alegría de vistosos linares y rumores de hacienda.

Esos sembrados, que colorean la tierra, nos llevan a los recuerdos de "La Minga", fiesta tradicional que Leguizamón evoca en "Recuerdos de la Tierra". Consistía ella en una amplia reunión de Familiares y amigos que colaboraban en la recolección de las sementeras, y participaban, como es de suponer, en alegres diversiones que incluían cantos, bailes y cuadreras...

Leguizamón, al ver que esas costumbres del campo se han ido perdiendo, señala al gringo, de quien dice: "...han vencido al criollo en su propio elemento

enseñándole a ser agricultor: mas al renunciar a los procedimientos primitivos y rutinarios se han borrado casi totalmente esos rasgos de desinterés, ese desdén altanero y bizarro por las riquezas que lo caracterizaba".

En "Alma Nativa" insiste en esa posición: no cree en la fructífera fusión racial a la que denomina "simbolismos fantásticos". Y agrega: "Eso no se ve más que en las comedias donde las gringuitas de los colonos se dejan alzar en ancas por el primer compadrito que les arrastre el ala"...

Es que el escritor tradicionalista temía que se perdieran, ante el empuje inmigratorio, esas virtudes —que él tanto exaltara,— de los ya viejos tiempos heroicos.

Fray Mocho tiene en cambio, en la misma época, una actitud de simpatía hacia esos colonos que veía llegar al puerto de Buenos Aires. Sin embargo, en algunas oportunidades su condición de periodista lo impulsará al cuadro impactante o a la nota caricaturesca. (5):

Es significativa la posición de uno de sus personajes: el estibador que diez años antes iba al puerto para insultarlos, les fue tomando cariño "y hasta a llegar acordarme de que mi abuelo había sido de ellos".

Don Elisio Soto, personaje de "Montielero", pareciera reiterar en cambio la posición de Leguizamón: "De carcamanes y de turcos se están llenando los pagos. Cualquier día van a salir ustedes acollarao con la hija de algún gringo".

En la actitud del autor de "Montaraz", entiendo, no debe verse un enfrentamiento con las formas nuevas que el progreso trajera, sino más bien una nostálgica defensa de lo que se va perdiendo, unida quizá a una muy isleña posición entrerriana de recelo ante lo nuevo y lo desconocido.

No olvidemos que Pérez Colman al estudiar la relación del entrerriano con la naturaleza cree conveniente recordar estos conceptos de Ganivet: « ..El insular sabe que tiene su defensa más firme en su aislamiento: podrá aceptar una dominación extraña, si carece de fuerzas para mantener su independencia; pero de hecho es independiente y sabe además que la fuerza de caracterización de su suelo insular es tan vigorosa, que si algunos elementos extraños se introducen en él, no tardarán en adquirir el sentimiento de la autonomía..." (9)

Precisamente, esos europeos se adaptarán tanto a las costumbres de la tierra que justifican la sorpresa y simpatía de Leguizamón al leer "Los gauchos judíos" de Gerchunoff que le hablan de un mundo nuevo, con religión, tradiciones, costumbres e idiomas distintos.

Y sin embargo, esos hombres han llegado a imitar actitudes, vestimentas y habilidades del gaucho, a quien admiran y temen pues lo comparan con los bandidos románticos de sus leyendas populares.

La presencia del europeo en tierras entrerrianas da un nuevo matiz a esta

gesta del arado. La colonización judía, en particular, brinda a la literatura provincial un original tema que ha perdurado hasta nuestros días, entre otros ejemplos, a través de algunas escenas de obras dramáticas de Samuel Eichelbaum que nos trasladan a las colonias judías cercanas a Villaguay. Cerca de esas tierras se concreta la trágica persecución de Alejandro Schutzman, personaje que da nombre al relato de María Esther de Miguel incluido en su libro "Los que comimos a Solís". Este judío aquerenciado con la tierra nueva, a la que ha vencido luego de arduas luchas y paciencia bíblica, no logra superar en cambio viejos resquemores. La situación se agrava, hasta alcanzar dimensiones de tragedia, cuando pretende a la muy criolla hija del comisario Ramón Cáceres, de ese Villaguay montielero, eje de la mitológica épica provinciana.

Los relatos de Gudiño Kramer, de ambientes entrerriano y santafesino, nos ofrecerán en cambio la inevitable fusión de razas, aunque alguno de sus personajes, Don Pancho Gamboa por ejemplo, conserve viejas inquinas.

Sin embargo no debemos olvidar que ya en "Los gauchos judíos" un criollo se ha aproximado a los colonos: es Remigio Calamaco, el boyero, que se acerca a ellos para relatarle sus viejas hazañas de la época de Crispín Velázquez o matizar la noche con viejas canciones del terruño.

Una posición de nobiliaria superioridad se conserva, en cambio, en la Sra. de Aravena, personaje de la tragicomedia en un acto "El abanico de Venecia" de Juan Carlos Ghiano. Esta señora desdeña, a lo largo de su vida, a los presuntos pretendientes de su hija Pepa por no tener el abolengo de los Aravena o ser nuevos ricos con solo veinte años de residencia en el pueblo...

Aunque no se plantee directamente un problema derivado de la inmigración, es evidente el enfrentamiento entre esa familia tradicional y fundadora, y las nuevas generaciones —quizá la de los hijos de aquellos inmigrantes— que las han ido desplazando.

Delio Panizza, por su parte, exaltará al gringo que en el siglo pasado llegara a San José y Colón, para concretar Felizmente los sueños colonizadores de Urquiza:

¡Gringo!... Sobre la tierra que se estira como una lonja, se abismó su anhelo y su alma ilusa se perdió en el cielo como un pájaro loco... Absorto mira la pampa, el monte, la extensión... Suspira bajo la desazón de su desvelo; pero siente que brotan de este suelo como los sones de una nueva lira...

María Esther de Miguel recordará en su cuento "Mi pueblo" la colonización italiana de Larroque. Y Emma de Cartossio imagina en una poesía el lugar ideal del reencuentro con su abuelo muerto. Y piensa entonces en el cielo azul de Como, cuando él era un niño rubio y Argentina una simple palabra sin mapa ni afanes de viaje. Hilario Fuentes, personaje del cuento "Raíces" del libro "Todos los hombres, ningún amor" de Adolfo Argentino Golz, sueña en el asiento del viejo colectivo que lo aproxima a Paraná, con el posible casamiento de su hijo con la hija del alemán Kumer, el gerente de la Coperativa Agrícola...

Más hacia el centro de la provincia, Fermín Chávez nos habla así de su región: "Yo conocí el acordeón mucho antes que la guitarra. La campaña de Don Cristóbal no tiene guitarreros y los abuelos que cantaban décimas ya escasean. En cambio, cunden los acordeonistas. Muchas veces he pensado sobre la condición de estos gauchos sin guitarra y me he dado a mí mismo una respuesta: las familias fundadoras de los distritos Don Cristóbal y Crucesitas no son de sangre guitarrera. La colonización realizada en el siglo XVIII dejó en esos arroyos y en esas cuchillas muy pocos andaluces. Don Cristóbal y Crucesitas tienen raigambre vasca..." Y concluye más adelante: "La cuota de españoles del sur fue muy reducida y la de la guitarra también y fue por eso que el acordeón centroeuropeo se aquerenció tan fácilmente por los distritos nogoyaceros..."

Pero esta prolongada gesta del arado no ha desplazado totalmente a la estructura ganadero-pastoril que en la literatura se expresa a través de una constante exaltación del jinete y del caballo, que nos traen recuerdos de distancias largas, de rodeos, domas, yerras y sortijas... De hombres que parecieran acentuar su personalidad sobre el caballo; de troperos que deslizan sus afanes en las páginas de "Montielero". Y con este tema surge el recuerdo del chasque, evocación de la infancia de Leguizamón; de las domas incluidas en "Tierra de Matreros" de Fray Mocho; las historias con caballos de Gudiño Krámer, el arreo de tropas desde las islas, que describiera "Martín del Pospós", hasta llegar a la lírica evocación del resero, en el soneto de García Saraví:

Hieren la soledad y la pedrada de los vientos rompiéndose en sus ojos. Y la huella del cardo y los abrojos, y tanta oscuridad iluminada.

Duelen las lluvias y la madrugada, las piernas firmes, los estribos flojos, y la muerte mordiendo los coscojos de su vida marrón y desgastada.

La gesta de las lanzas y las tacuaras federales.

Una vez se miraron y entendieron dos hombres. Los vi salir borrosos al camino y callados, para explicarse a fierro: se midieron de muerte. Uno quedó: era dulce la tarde, el tiempo claro...

Y el tono virgiliano de "Luz de Provincia" se puebla de improviso de rumores lejanos de lucha; de duelos criollos; enfrentamientos de matreros con policías que aún estaquean; de revoluciones sorpresivas como las que Manrique Balboa describiera en "Montielero" y que nos hablan de Polonio Velázquez, del Coronel Goró; de "hernandistas" y "gorosistas" en franca huida...

Esos ecos nos irán trasladando lentamente al mundo heroico que evocara Leguizamón. No olvidemos que en "Montaraz", el autor describe la lucha que, por la primacía lugareña, libran en el suelo entrerriano Ramírez y Artigas. Y en esa apasionada defensa del terruño, encuentra el matrero Apolinario Silva la senda que lo reintegrará a una sociedad que admira su valor y su exaltado individualismo.

Y con la misma insistencia que en su momento utilizara para defender al gaucho, Leguizamón reivindica, en Buenos Aires y en época poco propicia, a la figura de Urquiza, exaltada ya, desde los versos juveniles, por Andrade que volcará, ya maduro, su fervor periodístico en idéntica tarea esclarecedora.

Pero esa persistencia de los temas heroicos no se detiene en los sucesos y en las figuras de gravitación lugareña o nacional, sino que se despliega generosa hacia la margen vecina del Uruguay, para cantar en los prolegómenos de la guerra del Paraguay, a la heroica defensa de Paysandú que, si conmueve a Andrade, hácele afirmar a Gervasio Méndez:

Los siervos que obedecen del látigo al chasquido, que tienen de cobardes, la talla, el corazón, con atrevida planta hollar han pretendido la tierra de los libres, la tierra en que han nacido los héroes inmortales de Sarandí y Rincón.

Y si años más tarde, Gervasio Méndez y Olegario V. Andrade lograban merecidos lauros por Sus exaltadas evocaciones de la gloria sanmartiniana, en ese aprendizaje provinciano de los temas heroicos, estimamos, debería buscarse el hilo inicial para aquellos celebrados poemas.

Es que Entre Ríos, a través de su pueblo y sus poetas, no ha olvidado a sus héroes ni a las gestas esenciales.

Y cuando ya lanzas y tacuaras descansen del prolongado ajetreo, la evocación se renovará a través de Daniel Elías que recuerda a la lanza enmohecida, al trabuco baldado o al montonero atrevido que se ha alejado "por la senda de la muerte y del olvido"...

Y la tradición persiste en el "Llanto por el soldado desconocido de la Independencia" de Ernesto Bourband T. que exalta su anónimo trajinar, y ese desvanecido rostro apagado lentamente junto a esa naturaleza, que sin embargo lo recuerda:

Sólo el arroyo te escribió un retrato que se borró al galope de tus riendas. Un retrato con vira de follajes y un jirón de paisana nubes trémulas...

Pero ese rostro anónimo se concretará en la figura legendaria de Ramírez, evocado en el extenso poema "El Supremo Entrerriano" por Guillermo Saraví. En él, Montiel despierta pretéritos sueños al cobijar al caudillo entrerriano que le trae reminiscencias de glorias ya olvidadas:

La Selva empieza a levantar la frente; del nuevo día el resplandor ardiente rompe su sombra y su glacial escarcha... sobre las huellas del centauro errante, la montonera que tras él levante será ella misma, pero puesta en marchal

La antigua gesta provinciana será para Delio Panizza tema constante de inspiración. El Poeta de Montiel pareciera haber sentido la imperiosa necesidad de continuar la exaltación de las figuras y valores tradicionales que constituyeran, en su época, los motivos esenciales de la obra de otro escritor de Rosario del Tala: Don Martiniano Leguizamón.

Panizza hará de su poesía un bastión republicano y federalista. Su postura solitaria es, en ciertos aspectos, síntesis de una actitud provinciana de apasionada defensa de sus derechos y autonomía.

Su voz de juglar se conjuga, en la visión que de él pintara Leoncio Gianello, con el Caballero de la Triste Figura:

Porque eres el cruzado de una loca quimera y sabes en tu rima sonora y montielera

infiltrarnos el alma de una puesta de sol; porque tienes el culto sagrado del manchego y fundes en las glorias de tu espíritu griego la nobleza altiva y el orgullo español,

.....

por todo eso seremos lanzas de tu mesnada, o los acompañantes de alguna payada, o los zapateadores de algún pericón; : por eso te rodeamos como a un viejo caudillo que desde el basamento triunfal de su tordillo hubiera alzado un poncho que sirve de pendón...!

Ese consecuente afán libertario del entrerriano se ha forjado a lo largo de cruentas luchas federalistas y puede ser un eco, entre otras causas, de esa particular geografía aislante; de la gravitación, especialmente en el siglo pasado, del elemento étnico español, individualista por naturaleza y tradición y de cuya estirpe surgieron los caudillos esenciales. Esta situación se complementa con una tardía "mestización", concretada en forma elocuente recién a mediados del siglo anterior con la llegada de los aportes inmigratorio, ya que el indígena había sido prácticamente exterminado y sólo podía ofrecer el inestimable ejemplo de su valiente defensa del terruño.

A estas circunstancias podríamos agregar la existencia de una situación floreciente en la provincia hasta más allá de la mitad del siglo anterior que evitó, sin duda, las irritantes diferencias económicas, normales en otras regiones, y posibilitó, en su momento, el arraigo de sus hijos. Y por sobre todo no olvidemos el papel protagónico que Entre Ríos tuvo en el reiterado enfrentamiento político-económico con el puerto de Buenos Aires, que generó una apasionada defensa de sus derechos, que normalmente culminó en algún campo de batalla...

Esta celosa actitud federalista —que la cercanía geográfica de Buenos Aires debió acrecentar— encuentra, como hemos visto, el eco viril en la literatura provinciana que exalta a sus caudillos, ya en el momento heroico en que la pluma se asocia a la lanza; ya en este siglo, cuando esa hidalga montonera ha serenado sus voces para dar paso al trabajo febril de sus hijos.

Por eso no debe sorprendernos que en nuestros días un poeta de aguda sensibilidad vanguardista —como Gustavo García Saraví— cante al soldado de la independencia que vive ya, junto a los golpes y al olvido, "y además hace leguas que está muerto"...

El hombre y el paisaje.

Este prolongado paréntesis épico nos ha ido alejando paulatinamente de los iniciales temas vegetales a los que llegáramos a través de "La vuelta al hogar", que nos brindará ahora nuevas motivaciones.

Cuando Andrade regresa a ese tiempo detenido de su Gualeguaychú infantil, no sólo describe ese paisaje reencontrado sino que lo tiñe de notas subjetivas a tal punto que asistimos a una verdadera identificación del hombre con su tierra, que comparte las nostalgias del poeta:

Todos aquí me confiaban sus penas y sus delirios, , con sus suspiros las hojas, con sus murmullos el río. Qué triste estaba la tarde la última vez que nos vimos. Tan sólo cantaba un ave en el ramaje florido.

Era un zorzal que entonaba sus más dulcísimos himnos. Pobre zorzal que venía a despedir a un amigo.

Años después Leguizamón vive idéntica experiencia al despedirse de la agreste naturaleza de su heredad pues sabe que debe alejarse para ingresar al Histórico Colegio del Uruguay.

Para Gaspar Benavento esa relación es tan honda que siente a la provincia como una campesina risueña, dueña de la luz y de las sombras, que se baña en la claridad de sus aguas y se tiende sensual junto a las barrancas para contemplar las velas de los navíos lejanos, y esperar allí que la envuelva un perfume de selva florecida.

En otro poema, es el propio poeta el que siente correr al río por sus venas, a un río que anhela reencontrar la raíz vegetal de sus esencias:

La esencia vegetal de mis raíces: busca la hondura de la tierra parda. Todo el amor y el sueño de la tierra por mis trenzadas fibras se levanta y el afán vegetal que me dirige impreca al cielo por la luz y el agua.

Esa consustanciación del hombre con la tierra alcanza hondura humana en Pedro Fuentes, muchacho de orillas que Emma de Cartossio asocia a sus recuerdos infantiles y cuya historia narraba el verano a las orillas azules:

Pedro Fuentes Así te llamaban los árboles, el viento y las vecinas.

.....

Eres la pena vegetal que nos crece por dentro en los veranos cuando el río pregunta por ti a las orillas azules de mi sangre. Pedro Fuentes en cada guijarro se lee tu nombre y apellido Pedro Fuentes en cada de a pie se cita la mañana contigo Pedro Fuentes en cada noche del verano la marejada silba tu silbido.

Esa naturaleza, particularizada en el río, será la confidente de Carlina Ruíz:

Sobre el agua que corre va flotando mi pena... Con una flor de camalote ha vestido su queja...

......

Y yo, desde la orilla con tu nombre dibujado en los labios la contemplo...

Piensa Carlina que un día ella se irá tras esa mirada... Y entonces sus caricias serán, sobre el río que seguirá corriendo, como la flor azul del camalote, como corola abierta de azucenas...

Otras veces la soledad no admite esperanzas. Y la poetisa se aleja "...caminando... caminando..." por esas rutas abiertas que no le han permitido, sin embargo alcanzar esas dos lunas que cielo y río le ofrecen:

Una diáfana en el cielo:

y otra rizada en el agua. La noche tiene dos lunas pero yo a ninguna alcanzo.

Y esa naturaleza aparece tímida en ese tapial con luna, en el que se enmarca "esa historia sin historia" que pudo escaparse de la letra de un tango para esconderse, segura, junto a la sensibilidad poética de Marta Zamarripa:

La han despedido un poco de su historia los boletos de tren y los horarios.

A veces se recuerda —algunas veces—ayer que fue, y afán del empedrado.

Suele ponerla triste el almanaque.

Pero en Diciembre la rescata un árbol. Desde su noche de tapial con luna, vale la pena inaugurar el llanto...

Pero esa relación hombre-paisaje alcanza su vibración más íntima y sutil en la voz tenue e insinuante de Juan L. Ortiz, en cuyos versos Entre Ríos alcanza hondura metafísica, de excepcional tono lírico. Ortiz se detiene en los elementos esenciales del paisaje hasta transfigurarlos poéticamente. Captará así la dulzura de los campos, las sutiles frases rotas del aire, las confidencias vegetales, el anhelo lila del jacarandá o la simple mirada de niña perdida que toma la tarde junto a las gramillas y al agua leve que se asoma a las alambradas:

Perdón, oh mañanas que con traslúcidos dedos habéis tocado mis párpados pesados, y no os he respondido para asistir a la revelación de las flores, de la hierba brillante, del río deslúmbrado... Perdón, oh tardes de las tres ligeras, ligeras, todavía frescas como acuarelas celestes. Un hombre que va a pescar Una mujer vestida de blanco. Las orillas del río, amarillas de flores. Una nube en el cielo y una nube en el río. Una sobrevida temblorosa de espejo... Perdón oh tardes que apenas os haya mirado.

El río rosado de sus poemas, ya se detiene ante el canto del ave en la medianoche confidente, ya se nutre de infantil energía y se desliza obstinado y sordo sin atender la invitación de la luna que lo incita a la contemplación. El poeta se ha fundido con el paisaje:

Era mi alma ese monte v ese cielo y las islas y los arroyos? Mis raíces estaban en verdad en un paisaje más vasto. La voz nocturna y crepuscular del agua también era mi voz Y las ramas inclinadas en un silencio pendiente hacia el día fluido o las estrellas rotas o fijadas, eran mi cortesía permanente hacia la luz viajera y abismada. Pero ese monte y ese cielo lo resumían todo. Eran mi paisaje, yo era su paisaje.

Es que Ortiz alcanza un estado de éxtasis junto a esa naturaleza. Por eso las colinas entrerrianas serán, para él, suavidades húmedas que bajan —niñas ellas— para danzar junto a la costa del río. Y a sus líneas insinuantes plenas de encanto, se acercará la luz para acariciarla con: dicha infinita hasta adormecerse en ellas, como ese cielo que se desmaya sobre sus curvas oscuras.

Mastronardi en sus "Memorias de un provinciano" traza una íntima semblanza de su amigo Ortiz: "En vez de salir en busca de otro empleo —tenía uno muy modesto— buscaba el recogimiento y pedía el éxtasis a las aguas del río vecino y a los atardeceres silvestres. No escrutaba sino que se integraba en la naturaleza: era un gajo más de aquellos árboles ribereños. Los cielos y los campos que para los demás son lluvia y pasto; generaban en él estados mágicos. Frecuentaba la costa frondosa, donde muchas ve ces lo sorprendí como embelesado y ausente, los ojos agradecidos en el horizonte. Esos hábitos singulares y la fuerte impresión de irrealidad que dejaba en la gente ávida, no le privaba de amigos. En mis ya numerosos años no he conocido hombre más bueno y comprensivo", concluye Mastronardi.

Entre Ríos, la tierra de los hijos pródigos.

Una sensación de tierra desvastada brinda la provincia, luego de la prolongada rebelión jordanista. El aniquilamiento es total: no sólo alcanza a la economía provincial sino que se manifiesta dramáticamente en el sacrificio cruento de sus hijos. Esta situación complementará dolorosamente la pérdida de la preeminencia política que Entre Ríos tuviera hasta Pavón, en el orden nacional. Al exilio provocado inicialmente por causas políticas, se sumará un abatimiento general que favorecerá la lenta evasión hacia zonas más propicias. Esta última situación se agravará más tarde. Las rutas camineras fueron desplazando a las vías fluviales, y la provincia sufrirá su prolongada incomunicación geográfica que la perjudicará en la competencia litoral para proveer de materia prima a una Buenos Aires que crecerá en forma desproporcionada, favorecida por ese aporte lento del interior.

Es que Entre Ríos, en particular, ha mantenido su esencial estructura agrícolo-ganadera, apenas matizada, por una pequeña industria que no ha logrado detener a sus hijos que han continuado su viaje a la urbe populosa.

Una suma de fracasos y esperanzas truncas han desalentado, a través del siglo, muchos anhelos empresarios. Y esta situación ha generado lentamente una mentalidad de recelosa dinámica, que ha contribuido a detener aún más su obligado desarrollo. Las nuevas obras de comunicación deberán, necesariamente, sacar de ese peligroso letargo a una provincia que, especialmente en su zona central, continúa su asombrada espera.

Y el panorama ha sido de tal magnitud que ha alcanzado a la esfera intelectual e incluye a sus principales escritores, hasta tal punto que, en este aspecto, lo extraño ha sido quedarse en la provincia...

Sin embargo, esa experiencia extra-provincial ha dejado huellas profundas y amargas en los hijos que regresan algún día al terruño y evocan lo perdido como si se tratara de un Edén, al que al menos en el borde abismal de los recuerdos quisieran retener. Dice Andrade, uno de los primeros exiliados:

Hoy vuelve el niño hecho hombre no ya contento y tranquilo, con arrugas en la frente y el cabello emblanquecido.

Aquella alma limpia y pura como un raudal cristalino, es una tumba que tiene la lobreguez del abismo. Otro poeta de Gualeguaychú, signado por destino cruel, Gervasio Méndez, añora también esa infancia pueblerina, cuando el dolor aún no había tronchado sus esperanzas y se deslizaba, enamoradizo, por sus calles íntimas:

Es el recuerdo del Edén perdido, del paraíso de mi edad temprana, del nido de mi amor y mi inocencia, del jardín más hermoso de mi tierra.

Es la memoria de la tierra hermosa donde el hogar en que nací se halla, sembrado de violetas y azucenas, rodeado de naranjas y de acacias.

Mastronardi sentirá un hondo placer al recorrer las islas, donde el verano canta, o al recobrar las luces de sus tardes pretéritas.

Emilio Berisso añora también las granjas donde pasara su juventud, mientras Alfonso Sola González presiente así su reencuentro con Paraná:

Si vuelvo a Paraná, me estarás esperando y veré la glicina que conoces. En el ocaso inmenso estarás conversando con mis sombras de entonces, con mis lejanas voces.

Se repetirá entonces, el zaguán con hortensias, el jacarandá reiterará sus lilas y las glicinas le hablarán nuevamente de los graves crepúsculos ornados.

Alfredo Martínez Howard recuerda la selva en que emboscó su infancia. Y sus versos, como los de cualquiera de estos voluntarios exiliados, pareciera un eco repetido de Fray Luis que añora huertos felices, distante de tempestuosos mares ciudadanos:

Y aquí mi heredad mía. Mi selva como un huerto y aquí el ave sagrada y aquí la flor madura, y aquí la huella trémula sobre el camino cierto.

Para Luis Alberto Ruiz ese reencuentro tiene, en cambio, la dimensión de lo irrecuperable. Ya no será la vegetal ensoñación sino el patio, los balcones, el cuarto de la niñez, posiblemente con la misma telaraña de antaño y la antigua soledad. Pero nada se reconciliará con el poeta: quizá algún rostro recupere fugazmente |su forma, pero el Tiempo ha fijado una distancia que ya nadie

puede salvar. Por eso el poeta se interroga en otra poesía:

(¿Dónde está el corazón, dónde el único sitio poblado de heliotropos que conoció mi infancia? ¡Todo lejos de mí, todo lejano, ahora que a duelo llaman las campanas!).

Todos estos ejemplos nos permiten ver cuán hondo es el sentimiento que la provincia cala en sus hijos, a tal punto que la nostalgia de la tierra es un estado normal de sus poetas. Es como si la ciudad-puerto hubiera mutilado una pureza, destruido una ilusión de vida plena, fragmentado ese ensueño vegetal que famas ni situaciones económicas han conseguido borrar de quienes ya no están aquí, en esta Entre Ríos que, como afirmara en un soneto Diego Fernández Espiro, canta junto a las ondas su arrobante melodía o se desplaza por los campos prósperos con su fulgente resplandor matinal... (7)

El retorno al mundo de la infancia.

Esa heredad de Martínez Howard, ese arenal perdido de Emma de Cartossio, nos trasladarán continuamente al mundo de la infancia. Paisaje y niñez se asocian en el recuerdo, como si juntos quisieran forjar una suerte de fortaleza interior contra los embates de la vida.

El reencuentro de Alfredo Veiravé con la plaza de Gualeguay le hace sentir su dramática condición de desterrado. Es que allí ha vuelto a ver las duras flores de la ausencia y el polen amarillo del verano. Y su nostalgia —esa nostalgia tan entrerriana— convoca a los rumores antiguos. Reaparecen perdidas lágrimas en el rostro viajero del poeta, en esa plaza "que es un invento del reposo",

Es la luz misma, la que abrió mis ojos al resplandor de un cielo sosegado. Allí está mi corazón de desterrado, con nostalgioso y vívido volumen. Todo vuelve hacia ella, la lejana resurrección de un sueño incorruptible. (En esta plaza nace la terrible forma del ángel que soñara Rilke).

Y esa infancia matizada con recuerdos de campos y aldeas, revive en "Días en el Pueblo" de Juan Carlos Ghiano o en "los lejanos años caseros de infancia y adolescencia", evocados por Marcelino Román en su libro "Comarca y

Universo".

Este tema es constante en la poesía de Emma de Cartossio. Motiva sus "Elegías analfabetas", reaparece en "El arenal perdido" y "Madura Soledad", para llegar al sugestivo epígrafe de Albert Camus, en uno de sus últimos libros: "Sí, todo ese ruido... cuando la paz estaría en amar y crear en silencio! Pero aún hay que saber tener paciencia. Esperar aún a que el sol selle las bocas". En sus versos, la poeta grita la desesperación de un mundo anónimo, amorfo, sin sangre, que transita por la vida sin sentirla; como esos intelectuales que conociera en Europa y que ya han olvidado que es hermoso no serlo...

Otro libro evocativo, "La puerta colorada" de Carmelina de Castellanos, se inicia con la poesía "Ronda" de Emma de Cartossio:

Aquí una vez yo tuve edades y al verde y al azul en el espacio de una cuna, una rayuela y un pupitre. Aquí una vez yo tuve edades y al verde y al azul en el espacio de un fervor, una fe y una esperanza. Aquí una vez yo tuve edades y al verde y al azul en el espacio de una certeza, un dolor y un silencio Aquí una vez yo tuve voz y al verde y al azul en las palabras íntimas y puras, que a Dios crean.

Lo notable, sin embargo, en la literatura entrerriana, es que ese reencuentro con el mundo de la naturaleza y la niñez se da también en los poetas que no se han alejado de la provincia.

Delio Panizza regresa un día a su Rosario del Tala natal, y su lira de hierro se suaviza, como antes la de Andrade, ante la presencia envejecida de las cosas amadas:

Las mismas gentes por estas calles, algo más viejas y nada más; las mismas gentes parsimoniosas que se reunían a murmurar...

Y las muchachas alborozadas, amigas todas, como en ayer; y los amigos olvidadizos y a los que siempre recordaré... Ya mencionamos el solitario monólogo de Ortiz con el paisaje. Y a su nombre podríamos agregar el de Daniel Elías, interesado en alejarse de las togadas para recuperar la primavera campesina.

Y hasta el poeta que cantará el triste adiós a la bohemia desgastada por el tiempo, el bardo de los festines bárbaros y de las rosas fragantes, el cantor selecto del mundo rubendariano de lagos, cisnes y lunas pálidas, Guillermo Saraví, retoma también un día la vieja ruta de Fray Luis:

Me son familiares las sendas del huerto que añoran las cosas de un tiempo mejor. Aquí, donde vimos un sueño ya muerto trasuntado en dulces promesas de amor.

Idilio de niños como un lirio abierto en las soledades del jardín en flor... Las sendas calladas... El rincón desierto... Todo pasa, todo, menos mi dolor.

Chabrillón, por su parte, se identifica con el otoño entrerriano:

Yo soy como Entre Ríos, la del feliz otoño; abril de los diamantes, mayo de plata y oro.

Por eso ha podido decir Julio César Pedrazzoli: "Todos los de este Entre Ríos, corazón lleno de tierra, agua, pájaros y canto, huerta azul del sentimiento, sabemos la honda sugestión de su paisaje otoñal. Es nuestro otoño la plenitud segura de nuestra manera de ser provinciana. Otoño es la estación creativa. Lleno de una serenidad gozosa, es entonces cuando somos fértiles como su tierra, cuando cuajamos yemas silenciosas pero de segura floración en la inquieta primavera". (8)

Ese retorno a la naturaleza llega, como ya lo observáramos en Ruíz, Martínez Howard y Veiravé, a más recientes promociones. Jorge Enrique Martí siente, junto a ese Uruguay, que se le azulan los dedos y todo su ser es una copia del cielo... Rosa María Sobrón de Trucco ve ese aire verdecido, esos seibos que enrojecen las aguas, y siente que ese río de infancia que un día la llevara al amor, se identifica con su ser:

Quedó detrás la llanura que sostuviera mi infancia, y siento ya que este río se va trenzando en mi entraña vigorosa y dulcemente, con su sueño de lomadas, con su corola de juncos y sus siestas de cigarras. Por él giré hacia el amor. Me va nutriendo su savia con un salpicar de tardes que el horizonte desgaja, con un rocío de estrellas en la noche dibujadas, con un sedoso repique de gorriones y torcazas. ¡Ah! yo no sé si los seibos al agua la han puesto grana o se han plateado los seibos de tanto y tanto besarla.

Ese litoral azul en que ha nacido llama a Amalia Vidart de Seguí con las voces de la infancia para recordarle ese mundo de auroras y rocíos que ha dado sustancia a su ser. Podríamos multiplicar los ejemplos pero siempre nos dejarían similar impresión: el hombre de estas costas, altivo, soberbio, republicano y austero, alcanza la raíz total de su existencia, como lo afirmara Aráoz en un poema, junto a esa naturaleza amiga y confidente. Las luchas épicas cuyo recuerdo aún perdura en el orgullo del pueblo, y el exilio forzado de muchos entrerrianos, han debido acrecentar ese desvelo vegetal hasta hacerlo alcanzar dimensiones de desgarramiento.

La ciudad, aun la pacífica ciudad provinciana con rumores de aldea y fragancias de campo, no ha detenido, ese anhelo que pareciera buscar la esencia libertaria original junto al cauce de un arroyo, en la serena contemplación de un paisaje o en el zigzaguear ondulado de sus ríos.

SEGUNDA PARTE

Esta aproximación a los grandes temas de la literatura entrerriana supone una nueva indagación de matices reiterados desde Andrade, Fray Mocho, Martiniano Leguizamón... hasta nuestros días, en que asistimos a un auspicioso auge de las letras provincianas que, al fin, parecieran sobrepasar el ámbito amistoso y familiar al que, salvo raras excepciones, parecían injustamente condenadas. Ya en la primera parte de este estudio(1) se esbozaron algunas constantes que resumiremos ahora, para una mejor comprensión. Ellas, en síntesis, eran: a) gravitación de la geografía entrerriana —colinas, selva de Montiel, bajos y pajonales del Delta, ríos y arroyos— en los ambientes esenciales de las más importantes obras literarias; b) exaltación de la antigua gesta libertaria, vinculada al orgulloso recuerdo de los héroes, caudillos principales y guerreros anónimos; c) importancia de la gesta del arado, esa "nueva forma de epicidad", como preferiría llamarla Julio C. Pedrazzoli, concretada en los mil motivos que al escritor le ofrece la tarea agrícologanadera. Subtema interesantísimo es, sin duda, la gravitación del inmigrante europeo en esas labores; al igual que su encuentro, enfrentamiento o fusión con el criollo a quien llega a admirar en algunos aspectos de su existir; d) estrecha relación del hombre entrerriano con el paisaje que se concreta con notable asiduidad en las expresiones literarias; e) profunda nostalgia del escritor que evoca generalmente desde un "exilio" porteño esa pretérita amistad con la naturaleza; f) ese tono evocativo se complementa, por lo general, con un singular y reiterado retorno al mundo de la infancia.

En esta segunda parte se retomarán, desde nuevas perspectivas, algunos de estos temas por lo que este trabajo más que una continuación servirá de complemento de lo ya señalado. Razones de síntesis nos han obligado a involuntarias omisiones. Incluso otras persistencias esperarán la oportunidad propicia para su estudio. Nuestro anhelo es que a través de estas páginas no sólo se observen interesantes coincidencias, sino que, al igual que los ensayos críticos realizados en estos años acerca de este tema, se rescate del olvido o de la indiferencia a una literatura valiosa, poética y sutil...

La visión de Pueblo en la Literatura Provinciana

Afirmábamos en la primera parte de este estudio que la gravitación del paisaje era tal, en las letras lugareñas, que impregnaban la visión ciudadana. Es sabido, en este aspecto, que el paisaje es protagónico en la literatura argentina

del siglo pasado. Ya a fines de siglo, "La Gran Aldea" comenzará el paulatino desplazamiento, que desembocará, luego de "Don Segundo Sombra", en las novelas de Roberto Arlt, "Adán Buenosaires" de Marechal, hasta llegar a las situaciones esenciales de "Sobre héroes y tumbas" de Sábato, "Los Premios" o "Rayuela" de Cortázar; sin olvidar la aproximación al suburbio a través de la mitológica visión borgeana del compadrito...

La concentración demográfica de Buenos Aires no podía estar ausente de la literatura. En cambio, en Entre Ríos, provincia de lento desarrollo, asistimos al florecimiento de numerosas villas y poblados que luchan por alcanzar la pomposa y municipal categoría de ciudad. Pero esos centros urbanos no serán, a su vez, grandes conglomerados. La Provincia ha mantenido, en ese sentido, una promisoria proporción, ya que no están Concordia, Concepción del Uruguay y Gualeguaychú, a distancias abismales de Paraná, el centro capitalino. Por su parte Nogoyá, La Paz, Villaguay, Rosario del Tala, Victoria..., a pesar de sus tremendos problemas de migración, guardan aún una armónica relación con las urbes principales.

Esta particularidad entrerriana ha sido destacada por Alberto Gerchunoff en "Entre Ríos, mi país", su obra póstuma (2): "El de Entre Ríos es individuo esencialmente sensible al dominio local. Concibe al país a través de la provincia, y a ésta a través de la villa menuda o de la ciudad en que la escuela, la sociabilidad, las manifestaciones iniciales de la vida de relación esbozaron su espíritu y lo imantaron con el amor regional. Esa tradición urbana que se percibe en un fenómeno constante de descentralización, de parcelamiento, de preferencia agudamente metida en la manera de sentir, ha creado ese celo lugareño y esa tendencia a velar por el prestigio del rincón predilecto, que da a Entre Ríos la apariencia europea de un semillero de municipios".

Esta circunstancia, unida al conocido aislamiento geográfico, ha dado a nuestros pueblos una fisonomía particularísima que sus escritores se han preocupado por destacar. Así evoca Mastronardi a su Gualeguay (3):

"Callejuelas dormidas por donde rueda un largo sollozo de carretas en tanto las comadres varadas en sus puertas bostezan un augurio de lluvias o cosechas".

La pálida retreta dominguera no alcanza en "Luz de Provincia" a quebrar ese tono de soledad melancólica que tiñe la vida diaria de los pueblos entrerrianos (4):

"Calles de intimidad sin noche, olvido y sol

y siempre unas bandadas atristando el oeste, y ese vals de retreta, pobre encanto de la noche nos busca su florido pesar, su voz nos quiere".

Juan L. Ortiz participa de esa visión de su Gualeguay de infancia y adolescencia (5):

"Los domingos de estos pueblos tienen la sonrisa de una muerte encantadora"

que se complementa con la esquemática pintura de su poesía "Invierno" (6):

"Ambar frío del cielo soledad de la plaza, casas frías y oscuras, soledad".

En ese medio sin sorpresas, el hábito preside los menores actos. Alfredo Veiravé ha captado ese mundillo de vecinos asociados por el común destino de vivir, que se deslizan cotidianos por los pueblos de la provincia (7):

"Rígidos vecinos provincianos sacan sus sillas al aire crepuscular de la tarde. Al aire libre, entre las hojas del laurel escuchan las conversaciones domésticas, desde los bautismos a los rituales del destino"

En plena coincidencia, Emma de Cartosio desde su C. del Uruguay ya había señalado en su poesía "Niña del retrato" una visión similar. La poeta observa desde su "madura soledad" a la niña del retrato que la transporta a su infancia y a ese arenal que ya es recuerdo (8):

"Hay horas de sillones y zaguanes curiosos en los pueblos; hay diarios que anuncian el nombre de los niños nacientes; hay mujeres de balcón y misa recostadas sobre el ayer; hay una casa con malvones, nietos de los que tú plantaras, hay espacio y tiempo para ti, niña rubia del retrato que busco en mi sangre, en la tierra litoral y la nostalgia"

En esta reiterada cotidianeidad de las tardes pueblerinas, con mujeres atadas a un pretérito, quizá encontremos una de las causas que nos expliquen la honda nostalgia que el escritor entrerriano trasunta en su poesía ante la presencia de las cosas amadas. Mastronardi, por ejemplo, recuerda que nunca ha vivido experiencias tan hondas como las que le brindaban los paseos por las calles últimas de su pueblo, junto a Juan L. Ortiz que vencía su timidez para darle a conocer sus primeras poesías (9): "Camino de su casa se las oía decir. La quietud era grande y el sensible cielo estrellado tenía más realidad que el pueblo sin voces, desierto. El viento ahondaba la noche y recorría las calles con su silbido, como preguntando por alguno. Detrás de la plaza, a medida que salíamos del empedrado, las luces se volvían tristes y ralas, los ladridos que vulneraban el silencio eran más frecuentes y el cercano campo oscuro se posesionaba de nosotros con la fuerza y el misterio del destino".

Sin embargo, tras ese manto de tristeza solitaria escóndese un ansia vital apenas contenida. José M. Díaz la supo captar fielmente (10): "Al atardecer de un día de otoño llegué a C. del Uruguay. La plaza circundada de muchachas ardía en las rosas y era en el aire una lengua celeste como la de su río celeste alumbrando al viajero".

Esas ansiedades solían concretarse en la simple travesura de la siesta, momento de religioso respeto en la vida provinciana, que brindaba sinnúmero de posibilidades a infancia y adolescencia, ya que ellas se yeían de improviso dueñas de espacio y tiempo aparentemente ilimitados. Por eso pudo recordar Elsa Fehleisen de Ibáñez(11):

"Y los higos prohibidos de la siesta refrescados al agua del molino tienen sabor a fruta y a pecado que no podrá jamás ser repetido"

Interesante en este aspecto es la visión de Emma Barrandeguy: siente la poetisa de Gualeguay que ese mundo de hábitos ahoga la vida. Con ecos del Machado de "Poema de un día" recuerda la letanía cotidiana de las frases hechas (12):

"Quizás llueva, quizás una tormenta de verano Las puertas de los cuartos entornados, y será siempre, siempre "Hasta mañana".

Por ello no nos sorprende que en su poesía "Antiprovincia" —título ya de por sí sugestivo— no, recoja la belleza del paisaje comarcano y recuerde solamente cacaréos de la siesta o el cuerno del heladero de la infancia. Es que

hasta ese momento Entre Ríos era sólo aspiración frustrada de diálogo (13):

"Lo que de mí retienes se alza solo fuera del tú sin el que nada somos"

En su novela "El Andamio" reencontramos algunas de estas ideas, en especial su sincero rechazo de los hábitos (14): "Los pequeños gestos ordenados de las familias y la marcha regulada de las casas. Los maridos, la cocina, los enfermos, las sirvientas. A veces la langosta contribuye a variar los temas".

Sin embargo, en su poesía "Romanticismo aún", luego de asegurar que "tras la fachada del saludo, la soledad barniza sus estantes", retorna a uno de los grandes temas de la literatura entrerriana: el regreso al mundo de la infancia que supondrá a su vez una huida de esa multitud sin rostro de la gran ciudad (15):

"No sé el pueblo de infancia que me llama pero quiero volver la espalda a las boleterías y sólo hallar un rostro sin codicia que conozca los árboles y el riego"

Ese tono de monótona y prolongada siesta provinciana reaparece en la poesía "Incluso era posible" que Marta Zamarripa hiciera llegar en 1967 a la Revista "Ser". La poeta enumera esos hábitos a través de los cuales se transita la vida: diarios, vecinos, manteles, bostezos de domingo, despedida en algún café... Pero, como ella afirma, hay momentos en que se enciende una lamparita y surge el anhelo por "recobrar el niño que fuimos por los muelles". En esos instantes la vida, al quebrar la monotonía, reaparece fugazmente...

En otras circunstancias ese imponderable surge de un suceso exterior que conmueve: en un cuento de Ghiano la ansiedad será provocada por el arribo de la actriz de renombre, ayer niña de ese pueblo (16). En el conocido cuento "Mi pueblo" de María E. de Miguel, la sorpresa de esos habitantes resignados por tantas postergaciones y promesas incumplidas es concretada por la construcción de ese radar que algunos vecinos pretenden degradar en cremería o sede de algún club social y deportivo... (17). Menos espectacular es el reiterado paseo dominguero por la estación del ferrocarril, evocado por Rosa María S. de Trucco (18). En esos andenes parecieran concentrarse todas las energías que de pronto, ingenuamente se descargarán en el saludo espontáneo hacie los rostros semi-dormidos que quizás no comprendan de esos gestos cotidianos.

Los recuerdos de Mastronardi, concretados en Memorias de un provinciano se asocian con las fiestas patrias, el baile del "25" o la llegada de algún conferencista de renombre ... Belisario Roldán quedará así extrañamente asociado en sus recuerdos con Gabino Eseiza.

Indudablemente el escritor selecciona las imágenes que el pasado le brinda. Emociones conservadas en recónditos afloran de pronto en la mente adulta que las juzga desde nuevas perspectivas, pero sin ahogar totalmente aquella primeriza visión. Por ello, en las señaladas coincidencias de los escritores entrerrianos debe gravitar, en primer lugar, una realidad personalmente vivida. Pero también ellas parecieran responder a un íntimo anhelo por recuperar ese ámbito pueblerino. Recordemos que Juan L. Ortiz exalta la plácida calle dormida junto al sol, lejana de "la ruidosa vanidad de la urbe", mientras Galo Zaragoza, Marcelino Román y Gudiño Krámer se refugian literariamente en los suburbanos rancheríos humildes. Otros dos poetas, Martínez Segovia y Luis Sadí Grosso prefieren recordar el humilde origen de Paraná, al margen de las altisonantes ceremonias fundadoras. Dice Grosso en su "Recitable Histórico" (19):

"no fue por orden de heraldo ni bajo espada ni rito; nació así... como ha nacido lo que el amor ha nombrado"

Manauta, por su parte, corrobora lo ya observado: en su libro "La Mujer de Silencio" insiste en esa sencilla imagen pueblerina, con casas chatas y gastadas que preanuncian el arrabal (20):

"Calle de la elegía pobre ¿Nadie ha pensado seriamente en ella? Sin embargo aquí ha nacido y va a morir la tarde, | y el pueblo no olvidará que tiene sus atardeceres que vivir, no olvidará tampoco sus vagabundos ni sus primaveras.

Nada olvidará el pueblo que escapa por aquí sus dulces iras, sus sagrados dolores en caravanas de florecillas o de briznas"

Fermín Chávez canta a poblados más pequeños aún: esquemática sucesión de casas que no alcanzan a detener al campo, del cual dependen (21):

"El pueblo era un molino que asomaba sobre colinas en que siempre se anda con un dolor ligero de espartillos. El pueblo era una calle que tenía casas rosadas y tapiales claros.

El pueblo era un distrito de la aurora; un sencillo distrito entre colinas, al este de mi infancia y de mis peces. Por eso digo tala y digo arroyo y se me vuelve una provincia el alma"

El pequeño poblado "La Cuchilla", descripto por María E. de Miguel en su novela "La hora undécima" participa de esa visión de pueblo "distrito de la aurora", según la feliz imagen de Chávez.

Y en el pequeño mundo de infancia de Gabriel Manzoratti, personaje del cuento "El extraviado" de Juan C. Ghiano encontramos un ambiente similar (22) : "..una casa sin vecinos, calles arboladas y una plaza extensa donde las plantas crecían agobiantes".

Pero lo realmente interesante no es sólo remarcar esa innegable simpatía y comprensión de los ambientes humildes y de los pueblos-aldeas por parte de los escritores provincianos, sino a su vez observar cómo reaccionan ante el conglomerado humano de la gran-ciudad.

José Chudnovsky, descendiente de pioneros de la colonización judía en Santa Fe, Chaco y Entre Ríos, es muy explícito en su magnífica novela "Pueblo Pan"(23): "Quise saber quién era y volví a los espejos. No reconocí el hombre cansado que desde allí miraba con recelo. ¿Quién era, quién soy?"

Buenos Aires, cárcel de piedra, treinta años amurados en cemento. Cenizas, mi flaco y caviloso padre. Miré a mi lado... ¿sería posible? ¿No había un árbol, una estrella, una nube que me hablara? ¿Qué me sostenía? Palpé mi corazón... Somos un poco de pasado mirando hacia adelante... hoy, ¿qué es hoy...?"

Y agrega de inmediato: "Sentí una voraz apetencia de tierra, de mi tierra, espejo verdadero de la vida, sin límites ni rechazos, sin la falsedad del azogue..." Gloria Montoya de Daneri reiterará ese rechazo hacia el mundo ciclópeo de la gran ciudad que ha roto la cordial relación del hombre con su tierra (24):

"La ciudad transpira su camisa de asfalto tostándose la cara al sol de octubre" y ese vals de retreta, pobre encanto de la noche: nos busca su florido pesar, su voz nos quiere".

Julio Vega en su poesía "Siesta", a través de una magnífica serie de imágenes, nos señala ese asedio del asfalto sobre la vida, en ese mundo en que "la tierra yerma abraza los cimientos" (25)

"porque los relojes mandan y el alba muere entre metrallas de zapatos, es que los trigales huyen y que los peces navegan muertos en el veneno oscuro de las fábricas"

La visión de Carlina Ruíz confirma lo ya señalado: la civilización de cables y luces ha destrozado el corazón de la luna (49):

"Noche de la ciudad. Sobre tus techos, los insectos nocturnos de los cables se devoran la luna".

Y cuando ya no quede voz para el rechazo, surgirá la búsqueda desesperada: el intento por rescatar, como lo afirma Héctor Danilo Di Persia, el verde de las plazas, "la tibia soledad de sus jazmines". O de lo contrario, la pregunta lacerante (27):

Cuando un niño reclama el horizonte ¿Bajo qué nube inventará su cielo?"

Se necesitará tal vez del desahogo momentáneo de Palermo, que aún permite observar la claridad de una tarde; o bien imaginar, como lo hace Susy Quinteros, que el portafolios olvidará por un momento sus papeles para convertirse en alegre sombrero... (28)

O será el recurso final de Isidoro Blanstein refugiado en su mundo, en esa colina "al este de la lluvia" que lo libera del asedio semanal que refleja en su poesía "Manía de persecusión" (29):

"Primero me encerraron hasta el viernes me dieron un horario y me engañaron me ataron una culpa a los tobillos me quisieron matar de espaldas contra el sábado"

Al llegar a este punto de nuestra búsqueda deberemos señalar dos aspectos: en primer lugar creemos observar en algunos de los últimos ejemplos un clima o un tipo de imágenes cercanos al lorqueano de "Poeta en Nueva York". Al margen de posibles influencias, entendemos que al igual que en futuras coincidencias debe estimarse esa quizá sorpresiva relación como el eco de una actitud equivalente del hombre frente a su tierra y a la civilización mecanicista, tan poéticamente captada por el genial poeta español.

Por otra parte, resulta interesante observar que esa hostilidad hacia el mundo

gris de la ciudad se traslada también a ambientes más abiertos. Ramón Luis Torres en su cuento "Los Rostros" nos describe el comercializado mundo de la serranía cordobesa (30): "Anduvimos quince días como desesperados por llegar a alguna parte, y en realidad sin rumbo. Terminamos cansándonos de esa multitud que encontrábamos por todas partes de argentinos aburridos cargados de bolsos y cámaras fotográficas, garabateando piedras y procurando tostarse, grotescos encima de burritos de cara cachacienta, estrictamente pequeños burgueses maltratando el paisaje que se abría como un prostíbulo que no diera abasto y retratado con fruición fotográfica en postales colorinches". Es que el turismo ha roto el encanto virginal de la tierra, abierta ya "como prostíbulo" y "maltratada" por esos burritos de utilería que con el turismo se han apoderado de ese pretérito Paraíso terrenal hasta convertirlo en colorida feria de vanidades. "La colina al este de la lluvia", de la que se jactara Isidoro Blanstein, va estrechándose lentamente...

El escritor entrerriano y el paisaje

La gravitación del tema, sumada a diálogos y escritos de Julio C. Pedrazzoli, nos ha brindado la oportunidad de regresar a él, desde nuevas perspectivas.

"El hombre encuentra siempre la relación de su medida en el entorno", afirma el citado crítico (31) "La experiencia vital tiene el límite de las cosas que están cerca y sólo a través de ellas puede alejarse de la realidad perceptible. Son nuestros ojos, nuestras manos, nuestra boca, los elementos necesarios para iniciar el movimiento de nuestra imaginación hacia cosas nunca vistas, todavía no conocidas. Así comienza a unirse, diría a fundirse, el alma con el mundo, con la naturaleza. Sin embargo la revelación de la naturaleza por dentro, desde adentro, la comunión con la sangre, con el ritmo de la sangre, necesita una sensibilidad cualitativamente más fina para que se logre transferir la vida del hombre a los demás seres de la naturaleza. Así el hombre se hace inseparable del paisaje y le confiere unidad. Pero también se precisa una forma especial de paisaje para esta comunión. No todos los árboles, ni todos los ríos, ni todos los animales calan con la misma hondura en la vivencia humana. No todos los paisajes caminan hacia la emoción, la encienden y se humanizan en ella. Es decir que esa comunión esencial exige cierto ámbito mágico para que se promueva".

Y Entre Ríos, si juzgamos por el singular aporte de sus poetas, parece poseer esa tonalidad sugerente, expresada ya en las vagas mañanas neblinosas, ya en esos instantes serenos del crepúsculo en que el tiempo pareciera detenido y corporizado junto a esos animales que reciben extáticos las caricias finales del atardecer, ya en esas noches serenas en que la naturaleza es un sereno concierto de voces que quieren poner ecos al silencio...

Esa gravitación ya señalada de la Provincia —paisajes, costumbres, hábitos...— encuentra en nuestro tiempo un nuevo y valioso testimonio. Samuel Eichelbaum en un texto póstumo que debía servir de prólogo a una edición de sus obras, se refiere a ese descenso "a aguas pretéritas de la infancia". Aclara que a esa actitud no lo ha llevado una simple búsqueda de nuevos motivos sino el anhelo de un reencuentro con paisajes inmovilizados pero siempre presentes en sus recuerdos (32): "Esbozos de personajes, ambientes, idiomas, colores y luces me eran "servidos". Veía y oía únicamente hacia adentro y aun parece haberme faltado atención para absorber tanta confidencia y tanto mensaje cifrados. Viví inmerso en ese mundo individual y secreto —que era todo el mundo posible, a la vez— en que renacía mi infancia, precisamente en el único flanco en que, según estaba descubriendo, fue feliz. De esta revivida felicidad surgieron varias comedias, que llevan creo, el sello de una prístina visión del ser y las cosas argentinas. "Un guapo del novecientos", de 1940, fue la primera y "Las aguas del mundo" de 1957 la última de ese núcleo y la última estrenada hasta hoy. "Pájaro de barro" y "Un tal Servando Gómez" integran el mismo sector de obras, acerca del cual lo único importante para mí, queda dicho: "su origen en el acceso imprevisto a la infancia olvidada y el hallazgo de riquezas vívidas..."

La conclusión se hace innecesaria; un núcleo trascendental de obras del gran dramaturgo que naciera en una de las colonias judías, junto a Villaguay, ha surgido de ese reencuentro feliz con su Provincia.

Fray Mocho, al aproximarse a su "tierra de matreros" es también expresivo (33): "Mis pulmones estrechos de hombre de ciudad se dilataban y absorbían con delicia aquel buen aire fresco y vivificante que parecía traer consigo el germen de todas las alegrías".

Y es sabido que en "Recuerdos de la Tierra", Martiniano Leguizamón nos ha señalado idéntica felicidad al regresar a su heredad, luego del año escolar en el Colegio Histórico.

En el cuento "Apenas un sueño verde" de Adolfo A. Golz la protagonista, de visita circunstancial a su provincia, sueña con un sugestivo túnel verde desde el que evoca su vida de casada en la ciudad (34). Y en su poesía "Las frágiles palabras", Arnoldo Liberman intenta también reconstruirlo para recuperar así la sincera amistad y la pureza ingenua pero profunda de ese mundo vegetal que la ciudad se ha empeñado en destruir (35):

"Yo no sé qué horarios tiene el sentimiento y yo lo sabía y qué maneras tiene la luz y yo lo sabía y qué colores le brotan al crepúsculo y yo sabía el nombre de este incendio de ese torbellino de soles suicidas y hojas fantasmales y piedra y estrechamiento...

Si como se ha podido observar, la distancia provoca la desesperada evocación, la directa relación despierta una codicia sensorial en el escritor que pretende captar las finas hebras de esos tersos movimientos, la red sutil de colores que se adormecen en lontananza.

La simple y directa captación del paisaje pareciera no conformar a nuestros escritores, interesados no sólo en subjetivarlo sino en lograr una íntima fusión con él:

"Pasa el río y mi sangre lo retiene aspirando la noche de las islas"

Los citados versos de Fermín Chávez (36) sintetizan ese anhelo que puede llegar a concretar una actitud mística frente a ese paisaje.

Pedrazzoli ha estudiado muy bien este aspecto en la poesía "Fui al río" de Juan L. Ortiz, en la que encuentra la tradicional gradación de esa singular captación. En un primer núcleo de veinticuatro versos el poeta permanece aún junto al río, mientras en el ambiente hay voces que no alcanza a captar (37):

"La corriente decía cosas que no entendía. Me angustiaba casi Quería comprenderlo, sentir qué decía el cielo vago y pálido en él con sus primeras sílabas alargadas, pero no podía".

En un segundo momento que Pedrazzoli denomina "de depuración", el poeta siéntese solo frente a ese paisaje pero ya nada interrumpe la comunicación directa, preanuncio de la consustanciación final que se concreta en los últimos nueve versos del poema:

"Corría el río en mí con sus ramajes Era yo un río en el anochecer, y suspiraban en mí los árboles y el sendero y las hierbas se apagaban en mí. ¡Me atrevasaba un río; me atravesaba un río!"

El escritor entrerriano pareciera lograr a través de esa original relación una más profunda aprehensión del mundo que lo rodea, ese mundo que pareciera exclusivo para "iniciados", tal como estos versos de Luis Alberto Ruiz parecieran sugerirlo (38):

"Ahora entiendo el lenguaje de las flores, oigo hablar a las piedras e imagino la voz celeste de los ruiseñores"

En otros casos, el poeta desearía superar sus contingencias materiales para lograr la perfecta integración. Expresa Cossi Isasi en uno de sus poemas (39:

"¡Oh si el alma pudiera ser dueña de la tarde, si pudiera perderse entre los árboles de las islas cercanas y, ya desnuda, ser brisa del aire que pone en los trigales su dulzura infinita en un suave mecer".

Como poeta, el escritor entrerriano, desearía como Bécquer disponer de palabras "que fuesen a un tiempo, suspiros y risas, colores y notas..." para expresar todos los matices que sensorial y afectivamente percibe: "Quisiera tener la sutileza en la voz para captar el roce de ramas que peinan el suelo..." afirma Andrés Chabrillón (40).

Es de tal índole esta conjunción que la naturaleza pareciera participar de idéntica inquietud: observemos cómo el paisaje se animiza en esta poesía de Ortiz (41):

"—La dulzura del campo, triste de sola... —¿Sola? Y los espíritus de la luz, y las criaturas de los pastos y las sutiles frases rotas del aire..."

Y con esa animización surge esa Entre Ríos de ámbito mágico señalada por Pedrazzoli. La traslúcida alameda recibe, en el poema "El Navegante" de Alfredo Martínez Howard (42), a la fronda de pájaros azules, mientras soñadoras mariposas quieren aprisionar a los días ilusorios, a esos días

"hechizados por rosas incansables o por bellas durmientes de los ríos que sueñan primaveras de cien años"

Y es tal la importancia de ese paisaje que pareciera transfigurar al escritor. Rosa María Sobrón de Trucco insinúa que el sentimiento e incluso su poesía pudo despertar en un remoto deslumbramiento "aprendido en un nardo o en un nido" (43).

Cossi Isasi pregúntase, a su vez, sorprendido (44):

"Pero es acaso ésta la voz mía o en la contemplación de los paisajes cobró tonalidad que no tenía?"

Alfredo Veiravé, al evocar su infancia, comprende que más allá de su contingencia, otro litoral de ríos, intemporales éstos, lo esperará: reencontraráse allí con la perdida libertad y con aquellos días iluminados "sobre los almendrales en flor y sobre los durazneros tímidamente rosados" (45).

Todos estos ejemplos son lo suficientemente explícitos como para permitirnos afirmar que esa captación del escritor entrerriano para con su mundo vegetal circundante suele no ser fruto exclusivo de una singular concepción de vida sino que además ha generado una actitud de religioso respeto hacia ese paisaje. Al llegar a este punto, resulta interesante recordar que Álvarez de Miranda, al estudiar los grandes temas mundo poético de García Lorca, concluye afirmando que en su concepción del mundo, el poeta andaluz ha recreado poéticamente muchos motivos del pensamiento del hombre arcaico (46).

Lo notable es que, salvando inevitables distancias y ya comentadas influencias, nuestro escritor provinciano pareciera coincidir en esa búsqueda de un mundo primitivo, feliz, concretado a través de una naturaleza mágica, en estado de pureza, lejana no sólo de las "vanidades urbanas", que molestaran a Ortiz sino también de ese paisaje "maltratado" por el turismo, que comentara Torres.

Las imágenes sensoriales en la literatura entrerriana

Como era de esperar, luego de lo hasta aquí considerado, Entre Ríos muestra, en su literatura, una riqueza sensorial significativa, en la que pareciera prevalecer lo visual.

La provincia se viste de colores a través de sus poesías y novelas, pero lo interesante es observar que las tonalidades suelen ser tenues, suaves. Quizá la tendencia nos la dé una poesía de Ortiz, cuyo título ya es un anticipo (47), "Un éxtasis transparente":

"Un éxtasis transparente no excesivamente claro. No demasiado acusadas las cosas ni nítidas ni brillantes en el éxtasis".

El mismo Ortiz, al hablarnos del crepúsculo, no se detendrá en la contemplación de esos granas "sanguíneos" de su dilecto Juan Ramón Jiménez. Prefiere en cambio a ese sol que es ya "un recuerdo rosado". Y el mismo tono utiliza para el río, en otra poesía (48):

"Un largo rosa espectral era el cielo del río"

Manauta en "Las tierras blancas" reitera esos matices (49): "Los grises, por un momento cedían su predominio a unos rosados algo enfermizos pero ciertamente difundidos en el contraste de los verdes de la orilla opuesta del río"... Y Andrés Chabrillón nos brinda, entre otros, este ejemplo (60):

"...la tarde sepulta en sombras su apagado fuego; sólo quedan las alas de los pájaros negros, Sólo, bajo las mustias cabelleras, la vieja cruz de los amores nuestros".

Por supuesto, el desborde colorista no desdeña tonalidades más "violentas". La Sra. de Trucco al estudiar las imágenes de Benavento nos da, al respecto, un valioso testimonio de esa riqueza visual del poeta de Victoria (51). Para Sofía

Acosta, la siesta puede convertirnos "en un bochorno de seibos rojos" (52) y el aire de noviembre, evocado por Rosa María Sobrón de Trucco, se transfigurará "en reguero de colibríes" o se azulará en linares... (53). Pero las tonalidades preferidas no parecieran relacionarse al estío brillante sino a los vagos claroscuros evocados por Leguizamón, a esos mudos latidos de una tarde adormecida en gris, según la visión de Rosa María Sobrón de Trucco, o hacia esos "senderos rosados" mencionados por Carlos Alberto Alvarez, que en el primer cuarteto de uno de sus sonetos, afirma (54):

"En medio de la verde primavera siempre hay algo otoñal y ceniciento como en la azul virilidad del viento algo de femenina brisa espera".

Obsérvese que Carlos Álvarez impregna de tonalidades otoñales a la "verde primavera". Coincide esta visión con la preferencia hacia el otoño, que ya señaláramos en la primera parte de estas "persistencias". Pareciera que en esa estación encontrara el poeta el clima ideal para esos singulares climas nostálgicos o cercanos al éxtasis que comentáramos ya.

Escuchemos a uno de los más valiosos líricos entrerrianos, Alfonso Sola González, en una poesía de su libro "Elegías de San Miguel" (55):

"Amor, amor, los días de recordar han llegado
Mayo venía entonces con su hermosa tristeza,
noble sobre la frente de los nuestros.
¡Qué distinto el otoño de los días muertos!
El tiempo del amor había llegado
y un ordenado mundo nos venía del fuego
Amor, amor, está lloviendo en las tardes de otro tiempo!

Amor, amor, ¿qué buscas por el jardín vencido?
Los días mayores han llegado
y hay que saber morir cuando las hojas lo anuncien
¿Dónde buscarás su voz en el reino venidero del llanto?
¿Dónde buscarás su gracia que los espejos abolieron?
Amor, amor, los últimos ángeles cantan en la luz de las ruinas
y los muertos de mi corazón te llaman en el otoño.

Y en su poesía "Invitación al otoño", del mismo libro, será esa estación la Diosa de una lluvia muerta y solitaria... Por supuesto el paisaje se impregnará de ese tono de pálida nostalgia solitaria (56)

"Veo las islas cubiertas de resplandores amarillos. El sauce crece sordamente en su gracia caída y la arena espera la pisada sola y sin regreso".

Ya no veré el otoño ni el pacífico mayo con sus ruedas doradas;

ni julio con su trágico viento en los atardeceres anegados; ni el claro San Miguel, a las cinco, cuando alguien llora de felicidad,

Estaré para siempre teniéndote en mis brazos de sombra al lado de una lámpara que ya no enciende nadie".

Otro aspecto interesante es observar, en la visión de ese paisaje, los sutiles contrastes de la luz y de la sombra.

Marta Bredeston nos hablará de una transparencia de mieles que invade a una luz que desciende "en un desmayo lento" (57). La sensibilidad poética de Sofía Acosta preferirá captar la faz luminosa del río sereno, herido por los surcos de la estela del barco quizá ya lejano... (58):

Benavento captará esa luminosidad solar en su esplendor: cuando doblega con furia varonil a pacíficos aromitos (59):

"de tanto sol en sus dolidas copas de tanto aroma en sus floridas ramas"

dulcemente

Pero frente a esa brillantez solar surge un tono neblinoso, "esa luz desbaratada de la tarde", según la lograda imagen de Marta Zamarripa (60), que coincide con las tonalidades ya observadas.

Emma Barrandeguy nos hablará entonces de "las gasas que el viento pone entre las ramas" (61), mientras Ana Teresa Fabani preferirá señalar ese tul de la tarde "en que la azucena de otro recuerdo amanece y calla..." (62)

La poeta sentiráse cómoda junto a los tonos grisáceos de los días de lluvia o la oscuridad evocativa de la noche (63):

"Si la luz llega, entorna la ventana"

Es que esa presencia luminosa implica la huida del ángel nocturno y confidente (64):

"Se me va ya, y la luz con suave peso lo va empujando al ángel por el viento Idéntica actitud pareciera adoptar Miguel Ángel Federik pero ella supone una circunstancial evasión: quisiera el poeta por un momento olvidar, en esas sombras, su inquietud comprometida en favor del hombre y de la paz (65):

Huyo.
Huyo de la luz, de las voces, de la tarde de las hondas agonías del silencio, de la tibia envoltura de mi carne.
Esta tarde de otoño...
tengo la piel por cárcel.
Tal vez aquí, ya encerrado entre libros y poemas, "se me duerman estas ansias peregrinas estos locos deseos de andar por las esquinas preguntando por la paz de los hombres".

Esos pálidos atardeceres, esos crepúsculos vagos o grises nostálgicos se corresponderán con sutiles sensaciones auditivas, respetuosas en sus acordes y en sus silencios, de esa fusión del escritor con su paisaje.

Y si Brahms y Debussy suelen ser evocados por Ortiz, Martínez Howard pregúntale al abril otoñal qué manos han rozado sus cordajes para tornarlo música, quizá melodioso doncel... (66).

Benavento al recorrer nuevamente las tierras de su Victoria reconoce que todo el paisaje se ha tornado música en su sangre. Y en relación íntima con los matices acusados de color que reflejan algunas de sus poesías, afirma que la tarde provinciana se ha convertido en un incendio de chicharras... (67)

Daniel Elías y Leoncio Gianello prefieren, en cambio, el canto monótono del grillo. Y la mención no será eco circunstancial de quien "se ha despertado grillo esa mañana" sino la resultante de una diaria y simple comunicación con el modesto "reloj de música de las noches lunadas" (68).

Podrían multiplicarse los ejemplos, captar otros matices sensoriales pero en última instancia ellos nos dejarían idéntica impresión: la exquisitá sensibilidad del escritor entrerriano para con los mil detalles de un paisaje que es color, eco musical, fragancia pero por sobre todo, confindente, amigo constante, una prolongación del ser...

Las vitales ansiedades de la naturaleza

María Ruth Fischer en "Poema de la lluvia despierta" establece una íntima y sensual relación entre el agua que cae y la tierra, que la recibe, en pasiva actitud

femenina (69):

"Eres espiga blanca y rumorosa que se mete en la tierra y la acaricia"

En interesante contraste, Carlos Mastronardi en su poesía "Los bienes de la tierra" describe el contenido anhelo de una tierra sedienta que espera ansiosa la llegada de esa lluvia-amante (70):

"También miré llanuras que anhelaban en la ardiente crueldad de la sequía las demorosas dádivas del viento:

la nube y el aroma de los campos ausentes"

Otros escritores entrerrianos reiterarán esa visión animizada y sensual de los elementos de la naturaleza. Siente, por ejemplo, Rosa María S. de Trucco "que el aire grisazul del otoño es besado por la brisa con fervor de lejana mariposa". El viento "galán de torres" de la poesía "Arbolé" de García Lorca reaparece en tierras entrerrianas junto a ese "viento hombrón" que persiguiera a Preciosa hasta la casa de los ingleses.

"El camino con el aire me abrasa"

afirma en una poesía Sofía Acosta (71). Como vemos, se ha remarcado el tono seductor del viento que vive apetencias humanas en la caricia constante de su raudo vuelo. Otros elementos de la naturaleza sufrirán esa singular personificación: Benavento poetizará el encuentro feliz de arroyos y colinas (72)

"Esta heredad de arroyos y colinas goza la dicha unánime del agua. Río varón le ciñe la cintura y es una moza que se le desmaya"

Y si Elsa F. de Ibáñez menciona las curvas insinuantes de la dorada arena, "dorada en gesto dulce e indolente", que espera impaciente el beso reiterado del masculino río que la envuelve , Jorge Martí concibe al Uruguay como potro desbocado que galopa hacia el mar con su caudal sonoro… (74).

Interesante es, en este aspecto, la conjunción luna-agua en una poesía de Gloria

Montoya de Daneri. La poeta preanuncia el encuentro (75):

"Yo sé que esperas el abrazo de la luna Te tiende un hilo de sedas para que subas a amarla"

Pero no se detiene allí su "testimonio" ya que en los versos siguientes podemos observar la misteriosa fusión de los elementos:

"Silencio Ha llegado la amante El río no es río es luna la luna no es luna es agua"

Singular visión las que nos ofrecen los escritores entrerrianos ya que ella nos permite confirmar, desde un nuevo ángulo, cómo ese paisaje no es un pasivo objeto de amistosa captación desde estéticas distancias sino espíritu vital de una naturaleza que estalla sedienta de humanas ansiedades.

Las imágenes poéticas en relación con ese paisaje

La imagen, esa linterna mágica de la que hablara Supervielle, ha sido estudiada desde infinitos ángulos. No ha faltado, en esa aproximación, una respuesta que se relaciona con la índole de este trabajo ya que en ella se ha buscado asociar esa imagen con el mundo de intereses y preferencias del autor.

Sabemos a través de Stephen Ullmann (76), que dicha aproximación, aunque sugestiva, ha sido severamente criticada. Se ha recordado, para ello, que en el mundo creador de Camus no hay imágenes relacionadas con la tuberculosis, tan importante en su vida. Proust ha señalado, a su vez, que a Saint-Beuve no le interesaban mayormente la vida militar, el deporte ni el mar, aludidas, sin embargo, en su mundo metafórico.

C. Spurgeon ha relacionado, en cambio, las imágenes de inundación de Shakespeare con recuerdos infantiles de las crecidas del Avon...

Por lo expuesto previamente, no pretenderemos llegar en nuestra búsqueda por los escritores entrerrianos a conclusiones absolutas. En suma: nos interesa saber si ese paisaje, tan presente en los matices hasta ahora estudiados, alcanza al mundo de la imagen poética.

Escuchemos a Rosa María Sobrón de Trucco (77):

"Ya lo he dicho; el amor

es río que acaricia blandamente mi orilla"

Como vemos, el sentimiento ha sido relacionado íntimamente con ese lento fluir de cariñosas aguas que se acercan "blandamente" a su ser.

Reinaldo Ross ha vivido junto a ríos e islas del Paraná y ello le ha permitido compartir distancias con los pájaros. Pero puede captar algo más desde su acuático atalaya (78):

"Y allá donde fondea el horizonte como un navío azul, los días bellos zarpan de mi lado y a solas con las aguas queda mi juventud"

El horizonte es navío azul fondeado en la lejanía. Pero esa imagen se asocia de inmediato con su intimidad: como ese navío-horizonte, los días bellos "zarpan" de su lado y lo dejan solitario con las aguas y las islas.

Luis Gonzaga Cerrudo reiterará en su "Romance de esperar" esa imagen marina, asociada ahora a la noche que se aleja para dar lugar a las "golondrinas del alba" (79):

"Ronda de suaves navíos por su cintura delgada, la noche se va desnuda, los luceros a la espalda"

Por su parte, el corazón solitario de Ana Teresa Fabani se deshoja como una rosa sobre el claro río: en esos momentos quizá ya no le queden fuerzas para evocar "la azucena de otro recuerdo"...

Prefiere, sin duda, ese silencio comprensivo, ese silencio que puede ser "obscura mariposa", tal vez "un triste y largo río" o un simple "pájaro herido"... Susana Giqueaux al reencontrar un nombre "en la espiral del alma", recuerda

"...«diáfanos territorios donde el gozo era trino matinal de calandrias" (80)

Y dentro de este tipo de imágenes, resulta interesante observar que Alfredo Martínez Howard afirma en uno de sus poemas que la femenina risa "se ha volado como si fuera golondrina del alma" (81), mientras Teresita Zapata prefiere hablarnos, no sólo de las anclas antiguas del recuerdo o de ese llanto gris que es casi una agonía del camino, sino que reitera ese tipo de asociación

que señaláramos (82):

"Entonces, los pájaros del silencio comienzan a buscar la aurora Que de pronto ha muerto"

Es que el poeta entrerriano ha subjetivado tanto a esa naturaleza amiga que ella ya de por sí, es una metáfora que se brinda generosa a través de sus elementos. Por supuesto, esta particularidad está íntimamente relacionada con los comentados "ambientes mágicos" y con las reiteradas animizaciones del paisaje. Por eso, Gloria Montoya de Daneri puede ponerle "zancos con botones de luciérnagas" a la noche o captar "esos zapatos de espuma", y ese "saco de caracoles" que quisieran ocultar las ansias ancestrales del río Paraná.

Lo hasta aquí observado, nos permite comprender que el escritor provinciano no se conforma con la utilización de imágenes más o menos tradicionales relacionadas con la naturaleza sino que a través de ellas suele corporizar, vitalizar a toda la naturaleza. Afirma Sofía Acosta del Paraná estival (83):

"Río obrero tallando la morbidez del barro para enjoyar con islas los próximos veranos"

Como afirmábamos, no se trata de una imagen aislada; por el contrario ella supone una verdadera síntesis del tono general con que la poetisa se ha aproximado a "ese alquimista celeste", que desliza por sus ondas "un rebaño de potros"... Y esta última imagen, al igual que aquella que comentáramos de Jorge Martí para su Uruguay, "potro desbocado que avanza con su caudal sonoro", nos trae ecos de aquellos "bueyes del agua" que la tradición folklórica de su tierra brindara a García Lorca.

Al llegar a este punto, se considera necesario aclarar que las "persistencias" señaladas o insinuadas no implican en ninguno de los casos una "exclusividad poética" provinciana ya que sería Factible encontrar relaciones o similitudes. No ha sido ésa sin embargo la intención de este trabajo, interesado sí, en observar coincidencias entre sus escritores. Algunas veces, el profesor de literatura ha prevalecido para brindar alguna asociación: García Lorca, quizá por una personal preferencia, quizá por cercanías más sutiles y trascendentes, ha merecido una frecuente mención. Realizadas estas advertencias, abordemos la última parte de este enfoque.

Las imágenes estudiadas nos permiten comprobar la gravitación de la naturaleza en el mundo poético de nuestro escritor, aunque aquí también sea

necesario reiterar que esa preferencia no implica exclusividad: la imaginación creadora no se detiene en el amplio mundo del paisaje entrerriano.

Pero el enfoque de este trabajo nos incita a reincidir en esos aspectos. Y de ellos, señalar la tendencia de algunos escritores por utilizar metáforas del mundo vegetal para aproximarnos otros elementos de esa naturaleza. En su poema "Cantos a la noche", Alfonso Sola González menciona al sol como racimo que se brinda generoso... (84):

"El racimo solar cae sobre estos montes y te golpea el pecho con su piedra de miel"

Manauta, con tonalidades más realistas, insiste en "Las tierras blancas" con esas imágenes vegetales: "El astro rey ante los ojos encandilados del niño resurgía desde la tierra poderosa como una desmedida naranja". (85)

Juan L. Ortiz relaciona los juegos de luces de las constelaciones con "un vasto jardín pronto a deshojarse" (86):

En otras oportunidades, esa vegetación será la que "provoque" imágenes del mundo animal. Para Mastronardi, el campo miserable y silencioso es "un cuero reseco bajo el mezquino cielo" (87).

Amalia Aguilar Vidart de Seguí nos habla en su soneto de los mil detalles de la rosa deshojada, así concebida (88):

"Eras de fuego y en tu ser cabía la sangre de una rama luminosa. Eras rubí de seda. Mariposa detenida en el tiempo de tu día"

Y leves mariposas serán también los sueños sin esperanzas de las barcas que han amarrado en el puerto sus latidos... (89).

Nos hemos alejado, a través de esas barcas soñolientas, del mundo del que partiéramos; pero la intención es similar: trasladarnos poéticamente hacia una naturaleza pródiga. Observemos que hasta la modesta pompa de jabón, de leve paso por este mundo, suscitará idéntico tipo de imágenes. "Ese trompo de esplendores" efímero como "la fugaz estrella", pronto será "ocaso disgregado en la niebla..." (90)

Nuestra búsqueda culmina. Otras persistencias, de distinto tono, esperan su oportunidad para concretarse. Al concluir, hemos releído el poema de "Entre Ríos" de Juan L. Ortiz pues en sus versos parecieran sintetizarse muchos de los aspectos y coincidencias estudiados" (91)

ENTRE RIOS

"Es tan clara tu luz como una inocencia toda temblorosa y azul.
Tu cielo está limpio de humo de chimeneas curvado en una alta paz de agua suspensa.
Y tus ciudades blancas, modestas, casi tímidas, ríen su aseo rutilante entre las arboledas.
No hay en tu tierra gracias sorprendentes de líneas,—apenas si una suave melodía de curvas—pero tiene ella un encanto de mujer, de sencilla, de agreste belleza, vestida de un silencio verde y feliz de campo, toda húmeda de una alegría de arroyos, con una cabellera de árboles libres".

NOTAS

Primera parte:

- (1) ELIO C. LEYES: "Esencia de lo entrerriano", Anuario "El Diario", Paraná, 1964.
- (2) CARLOS MASTRONARDI: "Formas de la realidad nacional". Ediciones Culturales del Ministerio de Educación, 1961.
- (3) ROBERTO A. PARODI: "Conocimiento de Carlos Mastronardi". Ediciones "Ser",
- (4) Ls A. RUIZ: "Entre Ríos Cantada". Antología Iconográfica de Poetas Entre-

rrianos, Edic, A. Zamora, 1955. . :

- (5) Véase al respecto: GLADYS ONEGA: "La inmigración en la literatura argentina", Universidad Nacional del Litoral, Cuadernos Instituto de Letras, Rosario.
- (6) CESAR B. PÉREZ COLMAN: "Entre Ríos 1810-1853", Museo de Entre Rios, 1943.
- (7) Capitulo especial de estos emocionados recuerdos lo constituyen las evocaciones de los ex-alumnos del Histórico Colegio, que hasta fines del siglo anterior estudiáramos en "Hacia una Juvenilia del Colegio del Uruguay", Revista "Ser", No 8, 1969
- (8) JULIO CESAR PEDRAZZOLI: "Líricos entrerrianos", Edic. Castellví, 1959.

Segunda Parte:

- (1) IZAGUIRRE HÉCTOR CÉSAR: Persistencias temáticas de la literatura entrerriana. Primera Parte. Revista "Ser", No 11-12. C. del Uruguay, 1971.
- (2) GERCHUNOFF ALBERTO: Entre Ríos, mi país, pág. 42 Edic. "Plus Ultra", 1973
- (3) MASTRONARDI CARLOS: poesía "Villaje" de su libro Tierra Amanecida; en "Poemas". Antología de Eudeba, pág. 15, 1966.
- (4) MASTRONARDI CARLOS: Luz de Provincia, pág. 23, op. cit.
- (5) ORTIZ JUAN L.: Poesía "Estas primeras tardes" de su libro El alba que sube, incluido en "En el aura del sauce", pág. 114, tomo 1. Edit. Biblioteca, 1970.
- (6) ORTIZ JUAN L.: Poesía "Invierno" de su libro La rama hacia el este, pág. 187, tomo I, op. cit.
- (7) VEIRAVE ALFREDO: Poesía "Sillas en la vereda" de su libro Puntos Luminosos, pág. 37. Edit. "Fogón de los Arrieros". Chaco, 1970.
- (8) CARTOSIO EMMA DE: Poesía "Niña del retrato" de El arenal

- perdido, pág. 13. Editorial Losada, 1958.
- (9) MASTRONARDI CARLOS: Memorias de un provinciano, pág. 98. Ediciones Culturales Argentinas. Ministerio de Educación. Buenos Aires, 1967.
- (10) DIAZ JOSÉ MARIA: Patria de la miel, pág. 53. Editorial Colmegaa, 1971.
- (11) FEHLEISEN DE IBÁÑEZ ELSA: Poesía Raíces del libro de igual título, pág. 5. Editorial Kraft, 1967.
- (12) BARRANDEGUY EMMA: Poesía "El verano desata", pág. 63 del libro Las Puertas. Instituto Amigos del Libro Argentino. Buenos Aires, 1964.
- (13) BARRANDEGUY EMMA: Poesía "Antiprovincia", pág. 69, op. cit.
- (14) BARRANDEGUY EMMA: El Andamio, novela, pág. 20. Instituto Amigos del Libro Argentino. Buenos Aires, 1964.
- (15) BARRANDEGUY EMMA: Poesía "Romanticismo aún", pág. 67 de Las Puertas, op. Cit.
- (16) GHIANO ĴUAN CARLOS: "La actriz", pág. 125 de Días en el pueblo. Emecé, 1968.
- (17) DE MIGUEL MARIA ESTHER: "El pueblo", pag 143, de Los que comimos a Solís, Ed. Losada, 1966.
- (18) SOBRON de TRUCCO ROSA MARIA: La estación, pág, 14, Francisco Colombo 1970.
- (19) GROSSO LUIS SADI: Poesía "Recitable Histórico", pág. 19, en su libro Recuerdo de Paraná. Edit. Colmegna, 1970.
- (20) MANAUTA JUAN JOS£: Poesía "Calle de la elegía pobre", pág. 17 de su libro La mujer de silencio. Ediciones Feria. Buenos Aires, 1944.
- (21) CHAVEZ FERMÍN: Poema N° 1 de Una provincia al este, pág. 12. Buenos Aires, 1951 (atención Juan José A. Segura).
- (22) GHIANO JUAN CARLOS: cuento El extraviado, pág. 107, Op. cit.
- (23) CHUDNOVSKY JOSÉ: Pueblo Pan, pág. 241. Editorial Losada, 1967.
- (24) MONTOYA DE DANERI GLORIA: Poesía "El silencio se ha abierto de piernas sobre mis orejas" de su libro El cielo se tragó las estrellas, pág. 13. Edic. Colmegna, 1971.
- (25) VEGA JULIO: Poesía "Siesta" incluida en Travesía. 15 poetas de C. del Uruguay. Prólogo Roberto A. Parodi, pág. 45. Imprenta Barbisán y Romero, 1969.
- (26) RUÍZ CARLINA: Poesía "Hoy" de su libro Poemas, pág. 55. Edic. Colmegna, 1968.
- (27) DI PERSIA HECTOR DANILO: "Poema", de su libro Con el

- hombre adentro, pág. 13. Edic. Colmegna, 1972.
- (28) QUINTEROS SUSY: Tu lugar y mi tiempo, pág. 53. Ediciones del Alto Sol. Buenos Aires, 1972.
- (29) BLANSTEIN ISIDORO: poesía "Manía de persecusión", pág. 57 del libro Sucedió en la lluvia. Stilcograf, 1965.
- (30) TORRES RAMÓN LUIS: Los rostros, cuentos, pág. 51. Edic. Colmegna, 1971.
- (31) PEDRAZZOLI JULIO C.: Conferencia Entre Ríos, ámbito mágico (Los paisajes en la lírica entrerriana), leida en el salón "Clementina C. de Alió" de la Escuela Normal "M. Moreno". C. del Uruguay, septiembre 1972.
- (32) EICHELBAUM SAMUEL: prólogo del Suplemento Teatral que incluye su obra El judío Aarón, Revista "Talia", No 32, año VI, 1957.
- (33) ALVAREZ JOSÉ S. ("Fray Mocho"): cap. "La carneada"", pág. 24 de Un viaje al país de los matreros. Eudeba, 1966.
- (34) GOLZ ADOLFO A.: cuento "Apenas un sueño verde", pág. 101 de la Antología de cuentos De orilla a orilla. Edic. Colmegna, 1972.
- (35) LIBERMAN ARNOLDO: Poesía "Las frágiles palabras", pág. 58 de su libro El motín de la luz. Stilcograf, 1964 (atención Oscar F. Urquiza).
- (36) CHAVEZ FERMÍN: Poema N? 2, pág. 15, op. Cit.
- (37) ORTIZ JUAN L.: Poesía "Fui al río" del libro El ángel inclinado, pág. 125. op. cit., tomo I.
- (38) RUIZ LUIS ALBERTO: Poesía "Amparo" de su libro La mujer lejana, pág. 15, incluido en Antología El linaje de los años. Edic. Antonio Zamora, 1963.
- (39) CÓSSY ISASI J. S.: De su libro Profunda raíz, sin menc. edit. Paraná, 1951.
- (40) CHABRILLÓN ANDRÉS: "De la espiral sobre sí misma", de su libro Si pensara la rosa, pág. 19. Edit. Nueva Impresora. Paraná, 1954.
- (41) ORTIZ JUAN L.: Poesía "La dulzura del campo", pág. 39 de su libro La brisa profunda, op. cit. Tomo IL.
- (42) MARTINEZ HOWARD ALFREDO: "El Navegante", pág. 55 de su libro La Heredad, incluido en "Antología". Prólogo de Carlos Mastronardi. "Fundación Argentina para la poesía". Buenos Aires, 1968.
- (43) SOBRÓN DE TRUCCO ROSA MARIA: Poesías "Hallazgo", pág. 11 y "Respues
- ta", pág. 13 de La espera iluminada. Ediciones Numen. Mar del Plata, 1964.
- (44) COSSY ISASI J. S.: op. cit.
- (45) VEIRAVÉ ALFREDO: "Oda a orillas del Gualeguay, por una adolescencia", pág. 62 de su libro Después del alba, el ángel. Edic. Cortezas del Roble. La Plata, 1955.

- (46) ÁLVAREZ DE MIRANDA A.: La metáfora y el mito. Ediciones Taurus. Madrid, 1963.
- (47) ORTIZ JUAN L.: "Un éxtasis transparente", pág. 212 de su libro El álamo y el viento, op. cit., tomo l.
- (48) ORTIZ JUAN L.: Poesía "Iba la felicidad", pág. 26 de El agua y la noche, Op. Cit., tomo 1.
- (49) MANAUTA JUAN JOSÉ: Las tierras blancas, pág. 21. Edit. Sophos, 1959.
- (50) CHABRILLÓN ANDRÉS: Canción del sauce, op. cit., pág. 25.
- (51) SOBRÓN DE TRUCCO ROSA MARIA: La voz de la tierra en Gaspar L. Benavento. Cuadernos de Crisol Literario, Victoria (E. Rios), 1966.
- (52) ACOSTA SOFIA: Poema Capricornio en Periódico "Lar" del 31 de octubre de 1970. Crespo (Entre Ríos).
- (53) SOBRÓN DE TRÚCCO ROSA MARIA: Poesía "Este aire de noviembre", pág.50 de La espera iluminada, op. cit.
- (54) ALVAREZ CARLOS ALBERTO: Fábula encendida, pág. 65. Ediciones Sauce. Paraná, 1943.
- (55) SOLA GONZÁLEZ ALFONSO: Poesía "Soledades en las tardes de otoño", de Elegías de San Miguel. Gulab y Aldabahor. Buenos Aires, 1944.
- (56) SOLA GONZALEZ ALFONSO: Poesía "Palemor" II, op. cit. (incluida además en Poesía Argentina (1940-1949) de DAVID MARTINEZ. Buenos Aires, 1949).
- (57) BREDESTON MARTA: Poesía "Tarde de otoño", pág. 13 de Travesía, Antología de poetas de C. del Uruguay. Prólogo Roberto A. Parodi, op. cit.
- (58) ACOSTA SOFÍA: Poesía "El Paraná" en el diario "El Litoral" de Santa Fe, del 13 de junio de 1965 (atención Rubén A. Turi).
- (59) BENAVENTÓ GASPAR: Poesía "Evocación", pág. 55 de La de las siete colinas. Editorial Acanto, colección Laurel. Buenos Aires, 1956 (2da edic.).
- (60) ZAMARRIPA MARTA: Poesía "Niña sin nada" (atención Julio C. Pedrazzoli).
- (61) BARRANDEGUY EMMA: Las puertas, pág. 22, op. cit.
- (62) FABANI ANA TERESA: "Cava la lluvia su perfil de arena...", pág. 26 de Nada tiene nombre. Edic. Botella al mar. Buenos Aires, 1949.
- (63) FABANI ANA TERESA: pág. 40, op. cit.
- (64) FABANI ANA TERESA: pág. 21, op. cit.
- (65) FEDERIK MIGUEL ANGEL: Poesía "Canción de la búsqueda de mi sangre adolescente", pág. 23 de La estatura de la sed. Edic. Castellví, Santa Fe, 1971.
- (66) MARTINEZ HOWARD ALFREDO: Poesía "Abril" de Ls

Heredad, pág. 59, op. cit.

- (67) BENAVENTO GASPAR: Poesía "Revelación", pág. 7 de La de las siete colinas, op. cit.
- (68) GIANELLO LEONCIO: Poesía "Grillo del campo" de su libro inédico La sierra de la lanza y la estrella (Poemas entrerrianos). Atención Julio C. Pedrazzoli.
- (69) FISCHER MARÍA RUTH: "Poema de la lluvia despierta", pág. 23 de Comarca Nodriza. Edit. Nueva Impresora. Paraná, 1953.
- (70) MASTRONARDI CARLOS: Poesía "Los bienes de la sombra", pág. 43 de Poemas, op. cit.
- (71) ACOSTA SOFÍA: Poesía "Camino del río", pág. 12 de Trece postas, antología del Instituto Amigos del Libro Argentino. Buenos Aires, 1967 (atención Roberto A. Parodi).
- (72) BENAVENTO GASPAR: Poesía "Río" de La de las siete colinas, pág. 29, Op. Cit.
- (73) FEHLEISEN DE IBÁÑEZ ELSA: Poesía "Pincelada", pág. 13 de Raíces, op. cit.
- (74) MÂRTI JORGE: Poesía "Río azul", pág. 70 de Entre ríos y canciones. Edic. "Tribuna". Colón, 1970.
- (75) MONTOYA DE DANERI GLORIA: "A modo de presentación (al Paraná)", pág. 7 de El cielo se tragó las estrellas, op. Cit.
- (76) ULLMANN STEPHEN: Lenguaje y estilo, cap. IX, pág. 206 y sig. Aguilar Editor, 1968.
- (07) SOBRÓN DE TRUCCO ROSA MARIA: Poesía "Confesión", pág. 16 de La espera iluminada, op. Cit.
- (78) ROSS REYNALDO: Poesía "Otoño marinero" incluida en Revista "Círculo", N° 1. Paraná, noviembre de 1939.
- (79) CERRUDO LUÍS GONZAGA: Poesía "Romance del esperar", pág. 51 de Edad sin tiempo. Colección "Nativa", 1957.
- (80) GIQUEAUX SUSANA: Poesía "Palabras para un nombre", pág. 85 de Revista "Ser", N° 8, C. del Uruguay, 1969.
- (81) MARTÍNEZ HOWARD ALFREDO: Poesía "Polvo enamorado", pág. 37, op. cit.
- (82) ZAPATA TERESITA: Poesía "Algunas veces", pág. 47 de Travesía, Op. cit.
- (83) ACOSTA SOFÍA: Poesía "Paraná de enero", pág. 9 de Trece poetas, Op. Cit.
- (84) SOLA GONZALEZ ALFONSO: Cantos a la noche. Ediciones Azor. Mendoza, 1963.
- (85) MANAUTA JUAN JOSÉ: "Las tierras blancas", pág. 21, op. cit.
- (86) ORTIZ JUAN L.: Poesía "La casa de los pájaros". pág. 224 de El álamo y el viento, op. Cit.
- (87) MASTRONARDI CARLOS: "Los bienes de la sombra", pág. 43,

op. cit.

(88) AGUILAR VIDART DE SEGUÍ AMALIA: Poesía "Requiém para una rosa deshojada", pág. 57 de Revista "Ser", N° 7, C. del Uruguay, 1968.

(89) AGUILAR VIDART DE SEGUI AMALIA: Poesía "Las viejas barcas", incluida en "Sonetos con requiem", pág. 9 de Revista Pirámide, N° 19 del Rotary Club. C. del Uruguay, 1972.

(90) AGUILAR VIDART DE SEGUI AMALIA: Poesía "Una pompa de jabón". Revista "Ser", N° 7, pág. 58. C. del Uruguay, 1968.

(91) ORTIZ JUAN L.: Poesía "Entre Rios", pág. 28, de El agua y la noche, tomo 1, op. Cit.

Héctor César Izaguirre (1936) es poeta, investigador y docente. Nació en Colón, Entre Ríos, y reside en Concepción del Uruguay. Fue galardonado con el Premio Fray Mocho, máxima distinción para poeta y escritores instituido en su provincia. Participó como jurado en varias oportunidades en concursos y certámenes poéticos. Sus trabajos de investigación se publicaron en revistas universitarias y periódicos. Es coautor de la "Enciclopedia de Entre Ríos", antología profunda de la literatura provincial. A propósito de su obra ha dicho Juan Meneguín: "Los poemas de Héctor C. Izaguirre no buscan cantar una fácil nostalgia sino recuperar un pasado para legarlo. Encender las nutrientes del suelo para que la savia regrese con más vigor, 'ascendiendo desde el ardoroso aleluya de la sangre', hacia una epifanía de campos labrados hasta el próximo amanecer". Sus últimos libros de poesía son "De otoño y raíces encendidas", "Sinfonía Gualeya" y "Adán y Eva en Destierro".